

Esta obra describe y analiza las principales creencias de los bolivianos sobre los recursos naturales. Explica por qué éstos han adquirido una dimensión “sobrenatural” en la mentalidad colectiva y se han convertido en fetiches de las ideologías que han modelado la historia del país.

Las creencias sobre los recursos naturales pueden originarse en intereses económicos y sociales. Éstos llevan a los bolivianos a persuadirse de que “la riqueza es el recurso”, “el mundo es una mina” y “el recurso es un tesoro”, es decir, a una concepción cerrada y extractivista de la actividad económica.

Pero también se cree por razones intelectuales. Los recursos naturales han dado lugar a tres grandes tesis en el pensamiento nacional: 1) “recursos a cambio de progreso”, defendida por las élites librecambistas desde la fundación de Bolivia hasta hoy; 2) “recursos por independencia económica”, que ha sido y es la posición nacionalista y socialista, y 3) “los recursos como una maldición”, que constituye una minoritaria pero lúcida advertencia sobre un modelo de sociedad que no ha hecho más que fracasar, tanto bajo un signo político como bajo otro.

Desde cierto punto de vista, estas páginas son una discusión sobre las verdaderas causas del atraso del país. El autor sintetiza, pero también critica a los principales intelectuales bolivianos –en especial a René Zavaleta, al que le dedica un capítulo– por no haber podido salir del “círculo encantado” de una sociedad recolectora antes que creadora de bienes.

FUNDACIÓN
VICENTE
PAZOS
KANKI

El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales

Segunda edición



FERNANDO MOLINA

El pensamiento boliviano sobre los
recursos naturales

Segunda edición

FERNANDO MOLINA



*Para mi madre, Coqui Monasterios,
in memoriam.*

**El pensamiento boliviano sobre los
recursos naturales**

Segunda edición, julio de 2011

©Fernando Molina

©Fundación Vicente Pazos Kanki

La Paz, Bolivia

Diseño: Percy Mendoza

D.L. 4-1-1490-09

Impresión: Presencia

Impreso en Bolivia

2011

Prólogo a la segunda edición

Hace dos años el semanario Pulso, que entonces yo dirigía, y un grupo de escritores del que soy parte, Columnistas.net, publicaron la primera edición de *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales*. Este trabajo también se favoreció con una pequeña ayuda económica del proyecto “Energizando el desarrollo” del Center for International Private Enterprise. Todas estas instituciones me han dado su autorización para lanzar esta segunda edición bajo el sello de la Fundación Pazos Kanki.

Desde su aparición, el libro tuvo una suerte disímil. Se agotó rápidamente en las librerías, pero apenas mereció comentarios de parte de los estudiosos de la realidad nacional. Es más o menos lo que pasa con toda mi obra, que se ubica en un lugar excéntrico en el campo intelectual, distante por igual de tres referencias fundamentales: los géneros académicos, los temas que pone de moda la política actualísima y las ideologías predominantes, es decir, el marxismo y el (pluri)nacionalismo.

Tampoco hay que desdeñar el papel que en este silencio pudo haber desempeñado la dejadez, la flojera

de unos círculos que supuestamente hacen trabajo intelectual, casi por milagro, sin necesidad de leer ni escribir. Todos los escritores bolivianos se han quejado de lo mismo. Yo no sacaré de esta circunstancia, sin embargo, ningún sentimiento de amargura. No escribiría si no gozara al hacerlo. Y mientras haya lectores interesados en lo que digo, como de alguna manera muestra el hecho de que hayamos llegado a esta segunda edición, siempre habrá motivo para seguir haciéndolo.

Freud pensaba que los seres humanos no sólo heredan disposiciones instintivas que, como las de los animales, aunque de una forma menos coercitiva que en ellos, establecen las condiciones para determinadas conductas. En su opinión también reciben del pasado remoto huellas mnemónicas de traumas ancestrales que alimentan manifestaciones colectivas como las religiones y las ideologías. Jung, llevando este planteamiento al extremo, habló de un “inconsciente colectivo” que contiene las pulsiones de las sociedades primitivas en medio de la civilización. Todas las sociologías holísticas suponen que la historia deja marcas en la “mente” de la sociedad o de los grupos sociales. Hegel creía que las instituciones, y Marx que las clases, podían llegar a adquirir conciencia teórica. El estructuralismo y el neo-estructuralismo, que determinados eventos formaban regularidades ideológicas que luego se reproducen a lo largo del tiempo; de ahí que la tarea de los investigadores de esta corriente sea, retrocediendo de las manifestaciones modernas a las causas históricas, hacer una “genealogía” de los fenómenos intelectuales, políticos, etc.

A diferencia de todas estas escuelas, este libro no adopta una posición esencialista, es decir, no admite la

existencia real de conceptos como “mentalidad” y “cultura” nacionales, que sólo se usan como *metáforas* para designar procesos muy complejos de generación de las creencias colectivas.

Estos procesos son muchísimos. Aquí mencionamos solo tres. Primero, la interpretación más o menos regular a lo largo de la historia de unas condiciones económicas que también son más o menos iguales durante este tiempo; digamos la reacción normal del pensamiento a parecidos estímulos ambientales. Estudiamos este fenómeno en el apartado dedicado a las “creencias por motivos”.

Otro proceso que genera creencias colectivas es la ideología, es decir, la reflexión de los distintos grupos sociales sobre su propia situación y la de los demás, y las normas prescriptivas que se derivan de esta actividad.

Mencionada aquí en el apartado que se titula “creencias por argumentos”, la ideología se crea, renueva, ajusta y transmite a través de procesos de comunicación: libros, lecciones impartidas a los jóvenes, difusión de ideas por los medios de comunicación, debates públicos, medidas gubernamentales, etc.

La ideología no se limita a reflejar determinadas realidades económicas; adquiere vida propia, atrae defensores y divulgadores, y por eso puede perdurar por encima de los cambios de la base social. Es más, la ideología puede propiciar estos cambios pasando por encima de su conveniencia económica, histórica o lógica.

Finalmente, el tercero de los fenómenos de psicología social que mencionamos en el libro es la formación dentro de la vida contemporánea, y por ella, de una imagen del país y su destino, así como de una identidad

personal y colectiva. La vida misma genera impresiones y por tanto creencias que procuran interpretarlas. Este proceso expresa la pobreza y falta de oportunidades pero también la influencia de los nuevos medios de comunicación y de unos cambios tecnológicos y sociales que hace no mucho eran impensables.

Desde hace bastante se sabe que la geografía y el clima afectan la forma de ver las cosas; también lo hacen la lengua y el tipo de cultura (“occidental”, “hispanoamericana”) en la que cada pueblo está inserto. En lo que nos atañe en un estudio político, resulta fundamental como determinante el contexto de modernidad inconclusa y deforme que ahora hay en el país. De esto hablamos en el apartado “creencias por antecedentes”.

Hecha esta aclaración teórica que en la primera edición di por supuesta, pero que no lo estaba, sólo me queda informar que los cambios al texto han sido mínimos, a fin de superar alguna incorrección de la expresión o alguna afirmación errónea. También un par de ejemplos han sido actualizados.

F.M., julio de 2011.

INTRODUCCIÓN: EL PLAN DE LA OBRA

Los mitos profundos de Bolivia, de Guillermo Francovich,¹ es la primera obra que trata, parcialmente, el tema del pensamiento nacional sobre los recursos naturales. Este trabajo de algún modo aspira a continuar esta investigación. Francovich dice que los bolivianos tienen tres “mitos” que coinciden con las tres grandes etapas de la historia de este territorio. El primero, creado por las culturas precolombinas, es el culto a las montañas del occidente del país, que hasta hoy se consideran *waqas* o dioses tutelares a los que ha de honrarse con ofrendas y ritos. El segundo, el que aquí más interesa, es el “mito del Cerro Rico de Potosí”, que surgió en la Colonia y causó un trastorno que Francovich, nuestro más importante historiador de las ideas, compara con la fiebre del oro californiana que conmovió a Estados Unidos en el siglo XIX, y de la cual encontramos tantas referencias en la cultura popular de ese país. Por último, el tercer mito, el mito republicano, es el odio a España y la tendencia a olvidar el aporte europeo a la constitución de la nación.

¹ Se ha consultado la segunda edición de *Los Amigos del Libro*, La Paz, 1987. Una referencia de Francovich da cuenta de que la primera se publicó en Cochabamba, en 1980.

Francovich explica su segundo mito diciendo que en Charcas, el Alto Perú y luego Bolivia, a partir del descubrimiento de la plata potosina, los minerales son “sublimados” y se convierten en *algo más* que materia con determinada utilidad. “La fabulosa riqueza del cerro... confirió a éste las dimensiones de lo sobrenatural”.²

El objetivo de este estudio es justamente la explicación de esta dimensión *sobrenatural* que adquieren los minerales y, en general, los recursos naturales en el pensamiento boliviano, la cual queda muy bien ilustrada por la imagen de la Virgen del Cerro que se dibujaba y pintaba con alguna frecuencia durante la Colonia.³

Sin embargo, en este texto nos cuidaremos de usar el concepto de “mito” como lo hace Francovich, indiscriminadamente, porque al final termina significando todo y nada.

En este trabajo también sostenemos que una parte de la naturaleza –que denominamos “recurso” por su utilidad para el ser humano– es considerada por los bolivianos como algo más una que simple realidad de determinadas características físicas, un insumo o una materia prima. En Bolivia implica “algo más”. Es posible que ese “algo más” no aparezca en el proceso productivo –el gas boliviano se quema como cualquier otro metano– pero sí está en el imaginario, en las creencias, en los desvelos de las personas. Entre nosotros, el gas –para hablar del recurso actual– despierta una expectativa que va mucho más allá de arder cuando se lo acerca al fue-

² Op. cit., pág. 79.

³ Cfr. Teresa Gisbert [1980], *Iconografía y mitos indígenas en el arte*, La Paz, Editorial Gisbert, 2008.

go. Es una expectativa que trasciende lo físico y lo productivo, y que tiene una índole social.

Así expuesto, este fenómeno nos conduce obviamente a Marx y a su teoría de la “fetichización de las mercancías”, que expone el siguiente fragmento de la *Crítica de la economía política*:

Únicamente el hábito de la vida cotidiana puede hacer aparecer como cosa banal y corriente el hecho de que una relación de producción revista la forma de un objeto, de manera que las relaciones de las personas en su trabajo se manifiesten como una relación en la que las cosas entran en relaciones entre ellas y con las personas... Todas las ilusiones del sistema monetario provienen de que no se ve que el dinero representa una relación de producción social y de que la realiza bajo la forma de un objeto natural de propiedades determinadas... [Los economistas confiesan] cándidamente su asombro cuando tan pronto se les aparece como una relación social lo que ya ellos creían tener como un objeto palpable, como les inquieta bajo la forma de un objeto lo que apenas habían señalado como una relación social.⁴

Los recursos naturales son, qué duda cabe, un “objeto palpable”. Pero en países dedicados por completo a su explotación, como Bolivia, países a los que llamaremos “extractivistas”, los recursos son además el meollo de una compleja y definitoria red de *relaciones sociales*.

Esto no siempre es evidente. Y cuando un proceso resulta difícilmente perceptible o incluso invisible para

⁴ Obra escrita en 1859. Se cita según la traducción de Javier Merino, publicada por Editora Nacional, México, 1976.

la mayoría de las personas, éstas lo confunden con los objetos que lo provocan y catalizan; de este modo las relaciones sociales son “fetichizadas”, esto es, convertidas en objetos “con aura”.

Así es como, en Bolivia, la plata, el estaño y el gas adquieren la mencionada dimensión sobrenatural: son minerales e hidrocarburos, pero también fetiches de una adoración colectiva firmemente enraizada en la cultura de la sociedad.

Como es lógico, las ciencias sociales bolivianas han avanzado en los casi treinta años que nos separan de *Los mitos profundos de Bolivia*. La contribución más importante en este campo la ha hecho Roberto Laserna, con una serie de publicaciones que describen el entramado de relaciones que se han tejido en torno a los recursos naturales. En *La trampa del rentismo*, Laserna⁵ muestra aquello que se esconde detrás del descubrimiento de yacimientos o de especies vegetales raras: un mundo de conflictos, organizaciones creadas para disputarse la riqueza natural, presiones que logran deformar o anular al Estado, hábitos culturales, productivos y políticos; todo un sistema que este autor denomina “rentismo”. En *Conflicto social y crecimiento económico en Bolivia*, Laserna⁶ estudia la correspondencia entre la riqueza natural disponible y el aumento de los conflictos sociales, cuya proliferación, a su

⁵ En colaboración con José Gordillo y Jorge Komadina. La Paz, Fundación Milenio, 2007.

⁶ En colaboración con José Luis Evia y Stergios Skaperdas. La Paz, Ceres, Cosude, Instituto para la Democracia, 2008.

vez, detiene el crecimiento económico. Finalmente, en *Riqueza nacional para la ciudadanía*,⁷ hace una propuesta práctica para liberar a Bolivia de las consecuencias perversas que, como una maldición, aparecen asociadas a la abundancia de recursos naturales.

El propósito de esta obra no es reproducir estas investigaciones, sino más bien complementarlas con un estudio sobre el *pensar los recursos*, que por sus características constituye uno de los factores del rentismo.

Este trabajo está dividido en tres partes. Su organización se inspira en el bello ensayo del filósofo mexicano Luis Villoro sobre las creencias.⁸ En nuestro caso, claro, se trata de las creencias que abrigan los bolivianos respecto a los recursos naturales.

Siguiendo a Villoro, entenderemos “creencia” como la predisposición a pensar que algo es verdadero, haya o no evidencia sobre ello.

Ahora bien, en nuestra condición de investigadores de las creencias, ¿cómo podemos conocerlas?

Para las corrientes conductistas, la creencia es igual a su manifestación. Basta, entonces, que el hombre verbalice que “Fulano será un buen presidente” para que el conductismo suponga que realmente cree eso. En esta simplificación se basa la mayor parte de los estudios de opinión. Pero en la realidad exis-

⁷ Análisis de coyuntura de la Fundación Milenio, N° 6, La Paz, noviembre de 2007.

⁸ Luis Villoro [1982], *Crear, saber, conocer*, México, Siglo XXI, 1999.

ten tanto las creencias que se profesan como las que se ocultan, pero existen. Y frecuentemente uno mismo no es consciente de que cree en ciertas cosas. Algunas personas dicen creer en la familia, pero se divorcian al primer pretexto. O se piensan “liberales”, pero al final se oponen a que uno de sus hijos contraiga matrimonio con una persona de otra raza. Todo esto hace muy complejo estudiar las creencias a través de encuestas. Además éstas sólo sirven en el presente inmediato, y nada pueden decirnos sobre el pasado, ni siquiera sobre el más cercano, no digamos ya sobre décadas y siglos anteriores.

¿Cómo saber, entonces, en qué creen (y en qué creían) los bolivianos respecto a los recursos naturales? En este libro nos inventamos un método que se inspira en Villoro, aunque, por cierto, éste es literario antes que científico.

El filósofo mexicano dice que las creencias pueden ser de tres tipos: “por motivos”, es decir, aquellas que se deben a los intereses materiales de los que creen; “por argumentos”, las cuales no responden a los intereses sino a las ideologías, a la elaboración intelectual de sus portadores; y, en tercer lugar, “por antecedentes”, creencias que se originan en el contexto social y cultural, en la “circunstancia” que cada persona vive.

Aplicando esta clasificación, en la primera parte del libro intentamos inferir las creencias de los bolivianos sobre los recursos naturales de los actos colectivos que se reiteran en la historia. Trabajamos con las creencias que obedecen a “intereses” más o menos permanentes, esto es, a determinada toma de posición dentro de las relaciones económicas.

En la segunda parte hemos agrupado las “creencias por argumentos”, o ideológicas, en tres tesis que, a nuestro juicio, abarcan lo sustancial del pensamiento boliviano, si prescindimos de matices de poca importancia.

Estas tesis son: 1) “Recursos naturales a cambio de progreso”, que fue seguida a lo largo de la historia por las élites librecambistas. 2) “Recursos naturales por independencia económica”, que es la tesis sostenida por el nacionalismo, el dependentismo y una corriente que llamamos “endogenista”, y 3) “Los recursos naturales como una maldición”, que tiene pocos antecedentes (aunque mencionaremos algunos) y ha sido planteada contemporáneamente, como ya dijimos, por Roberto Laserna.

Por último, hemos reservado la tercera parte de este libro, que cumple la función de conclusión, para explicar por qué los bolivianos de hoy *prefieren creer* en determinados planteamientos sobre los recursos naturales –pues corresponden mejor con su vida actual y sus expectativas– antes que en otros.

Se incluye, además, una coda en la que se estudia el pensamiento de René Zavaleta, en consideración a la importancia de este autor en la teoría sobre Bolivia. Y una despedida que versa sobre la literatura nacional y su tratamiento del tema que, en el cuerpo principal del texto, vemos discutido por historiadores y ensayistas.

Mientras escribía este ensayo, que hasta hoy es el más ambicioso de mis esfuerzos literarios, mi madre enfermó de pronto y, tras unos pocos meses extraordinariamente dolorosos para ella y sus hijos, un día de abril de este año murió. Muchas de estas páginas se redactaron

y corrigieron junto a su lecho, mientras la velaba durante ese tránsito que, largo o corto, consciente o insospechado, algún día todos tendremos que apurar. Para mí, cada una de las palabras que vienen a continuación está indisolublemente ligada a su memoria. Hábiles o torpes, son mi postrer homenaje a un ser amado y, también, un ejercicio, literalmente *in extremis*, para mantener la cordura en medio del peor de los sinsentidos. Hoy las entrego al público con la certeza probada en mi experiencia de que –de la forma que digo y de muchas otras– *las ideas curan*.

F.M., agosto de 2009.

I. CREENCIAS POR MOTIVOS

La riqueza es el recurso

Los conquistadores trajeron a estas tierras la creencia que servía como piedra angular del patrón económico europeo de esa época (el mercantilismo). Para estos hombres, riqueza equivalía a la posesión de determinados recursos naturales, el oro y la plata, que podían acuñarse y ser convertidos en moneda, y por eso eran instrumentos fundamentales de acumulación y comercio.

Encontrar estos minerales fue uno de los móviles de la Conquista, como lo prueban dos topónimos que perduran y que tienen mucha relación con nosotros: “Río de la Plata” y “Argentina”. Los españoles escogieron estos nombres porque, pese a la belleza y potencial de las regiones australes de América, al principio sólo las vieron como rutas para llegar, desde el Atlántico, a las tierras altas que suponían portentosas. Desprovista de minas y habitantes, la fértil pampa argentina no contaba para ellos.⁹

¿Qué creían al respecto los aborígenes –llamados desde entonces, por error, “indios”–? Dominique Temple, un autor francés que los idealiza y que ha tenido al-

⁹ José Luis Romero [1965], *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, FCE, 2007.

guna influencia en Bolivia, leyó en los diarios de Colón que los indios entregaban sus bienes a los descubridores a cambio de chucherías, de vidrios de colores. A partir de ahí, concibe el primer y doloroso encuentro de ambos mundos como un choque entre dos concepciones económicas: el mercantilismo, por un lado, y la reciprocidad, por el otro.¹⁰

Las dos economías, del don y de la acumulación, del prestigio y del provecho, son antagonistas. Valor de prestigio [porque el dar aumenta el aprecio comunitario por quien lo hace] contra valor de intercambio, la contradicción de los dos sistemas es radical. El indio ve su imagen en la compostura del otro, cuya belleza presume ser la de la alianza nueva, y el español mide su ventaja en la posesión de bienes materiales. El primero busca la extensión del ser por el reconocimiento del prójimo, el segundo la extensión de su poder por la eliminación del otro.¹¹

Por supuesto, es imposible que Temple o cualquier otro posean la evidencia necesaria como para decir que los indios de ese momento “pensaban”, “veían” o “querían” tal o cual cosa. Su interpretación es más indicativa de la moderna búsqueda occidental del paraíso, simbolizado por la figura del “buen salvaje”, que de lo que realmente ocurrió en la Conquista. Además, Temple parte de observaciones realizadas en las Antillas y pretende extender su alcance a las altas culturas americanas. Y no es posible dudar de que éstas apreciaran los “bienes mate-

¹⁰ Según Temple, sin embargo, estas concepciones terminaron “encadenándose”, lo que explicaría algunas de las facilidades que encontraron los conquistadores en su empresa destructora. Cfr. *El quid-pro-quo histórico*, La Paz, Aruwayiri, 1997.

¹¹ Op. cit., pág. 15.

riales”. Es cierto que los incas daban una importancia marginal a los metales preciosos, insumos destinados al culto religioso y la ornamentación (de los cuales el *Kullasuyu* ya era entonces fuente de aprovisionamiento). Pero otros recursos naturales como el maíz y la coca, así como, en general, el acceso a los ecosistemas de costa y selva –complementarios del andino– revistieron una importancia estratégica para ellos y provocaron una intensa actividad política y militar.

Al comienzo no hay sociedad que no sea extractivista: debe acaparar los frutos naturales para sobrevivir. Como al principio sólo cuenta con aquellos que le es posible encontrar y recoger, vive necesariamente un tiempo inicial de precariedad, de *consumo monótono*, seguramente agobiante, que sus miembros tratan de morigerar mediante la guerra y el trueque. Quizá esta necesidad de bienes diferentes fuera la que provocó la generosidad desquiciada de los antillanos que tanto sorprendiera a Colón (y, cinco siglos después, a Temple). Y es que un vidrio de colores sólo le parece trivial a quien ha conocido muchos.

Un siglo después del primer viaje de Colón, la inocencia de los indios respecto a los metales preciosos, si es que existió alguna vez, ya se había perdido. En su *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, escrita entre 1701 y 1736, Bartolomé Arzáns¹² cuenta la historia del indio “Gualca”, quien encontró casualmente una veta –luego se llamaría “Descubridora”– en el cerro

¹² Se cita según la edición preparada por Gustavo Adolfo Otero y publicada en 1975, en la Biblioteca del Sesquicentenario de la República. En ella todavía se identifica al autor de la *Historia* como “Nicolás de Martínez Arzanz y Vela”.

de Potosí, el año 1545. Según Arzáns, Gualca intentó quedarse con el mineral, escamoteándose al español que lo tenía “encomendado”. Pero la intervención de otro indio, su amigo, evitó que eso ocurriera. Arzáns lo llama “Guanca” y dice que corrió a revelar el secreto al español Juan de Villarroel, el minero al que Gualca servía.¹³

Así comenzó una historia que se arrastra penosamente hasta hoy. La de los recursos naturales no renovables desenterrados y explotados en esta tierra, historia que, por lo visto, estuvo desde un principio asociada a la codicia y, por eso, a la traición y al conflicto fraterno.

Si al menos el descubrimiento de Gualca hubiera sido menor..... Pero la veta con que este indio se topó conducía a un yacimiento inmenso, tan importante que en torno a él se organizaría la mayor parte de la economía colonial hasta fines del siglo XVII.

La riqueza de Potosí conmovió a la cultura de España y de Europa, como lo muestra el hecho de que la expresión “vale un Potosí” –que puede leerse en *El Quijote*, el libro fundacional de la lengua castellana– se hiciera popular en varios países e idiomas. O que se haya encontrado un dibujo del cerro en un manuscrito turco del siglo XVI.¹⁴

¹³ Según una versión del siglo XIX, debida a Carlos Bravo, el indio descubridor se llamaba Diego Huallpa, su amigo delator “Chalco”, y el español que registró “La Descubridora”, que luego se llamaría veta “Centeno”, fue Diego de Villarroel. Antonio Paredes-Candia (comp.), *Las mejores tradiciones y leyendas de Bolivia*, La Paz, Editorial Popular, 6ª edición, 2007 (como es desagradablemente habitual en la bibliografía boliviana, no se cita la fecha de la primera edición).

¹⁴ Citado por Francovich, *Los mitos profundos de Bolivia*.

La reacción psicológica de la colectividad que comenzó a llamarse a sí misma “potosina”, y por extensión de los habitantes de la Audiencia de Charcas y el Virreinato de Lima, ante el increíble potencial de ese cerro que se erguía en sus dominios, fue un sentimiento que no sería exagerado calificar como *delirio de grandeza*.

En una época en que la prosperidad era sinónimo de acumulación de metales, los potosinos se sentían muy bendecidos por Dios: la riqueza estaba allí; unos hombres audaces ya la habían tomado y se habían beneficiado más allá de lo imaginable, así que los demás también podían hacerlo o, en el peor de los casos, tenían la oportunidad de compartir la riqueza de los otros sirviéndoles, vendiéndoles bienes, proporcionándoles diversión y lujo.

La *Historia* de Arzáns está impregnada de este sentimiento de orgullo y esperanza (también, como veremos, de temor por la decadencia presente y el futuro incierto). Leamos estas referencias del más antiguo de nuestros escritores a su ciudad y su cerro:

La muy celebrada, siempre ínclita, augusta, magnánima, noble y rica Villa de Potosí: Orbe abreviado; honor y gloria de América; centro del Perú; Emperatriz de las villas y lugares de este nuevo mundo; Reina de su poderosa provincia; princesa de las indianas poblaciones; señora de los tesoros y caudales...

El famoso, siempre riquísimo, máximo e inacabable Cerro Rico de Potosí; singular obra del poder de Dios; único milagro de la naturaleza perfecta y permanente maravilla del mundo; alegría de los mortales, Emperador de los Montes, Rey de los Cerros, Príncipe de todos los minerales; Señor de cinco mil indios (que le sacan las entrañas); clarín que resuena en todo el Orbe: ejército pagado contra los enemigos de la fe; muralla que impide sus designios; cas-

tillo formidable, cuyas preciosas balas los destruye; atractivo de los hombres; imán de sus voluntades: monstruo de riqueza; cuerpo de tierra y alma de plata; a quien las cuatro del mundo conocen por la experiencia de sus efectos; sus católicos Monarcas lo poseen, los demás reyes lo envidian, las naciones todas lo engrandecen, aclaman poderoso, aprueban excelente, ensalzan portentoso, subliman sin igual, celebran admirable y elogian perfectísimo.¹⁵

Algo recuerda este tratamiento al que los primeros egipcios le prodigaban al río Nilo. Estamos, sin duda, ante un culto casi religioso, que da continuidad a la adoración prehispánica de los cerros, ríos y lagos, y que en la época de Arzáns se ilustraba de una forma tan gráfica como peculiar: por medio de la Virgen María transfigurada en el Cerro Rico.¹⁶



¹⁵ Op. cit., pág. 36.

¹⁶ Véase la reproducción del cuadro del siglo XVIII *La virgen del cerro*, de autor anónimo, que se conserva en la Casa de la Moneda de Potosí.

Otra expresión de la fetichización del recurso es el –por llamarlo así– “patriotismo geológico”, que consiste en exaltar la cuantía de la riqueza mineral o petrolera del país, así como su papel en la economía mundial. Desde la Colonia se calcula la plata producida por el Cerro Rico. Entre muchos otros, Arzáns hace esta medición, sumando, como se hacía antes y se sigue haciendo hasta ahora, la plata *quintada*, es decir, el quinto –o 20 por ciento– que los mineros debían entregar obligatoriamente a la Corona, y que es el único del que se tiene un registro más o menos ordenado. Inevitablemente, este cálculo deja de lado “las piñas que se llevan a la Europa ocultamente, y lo que se ha consumido en plata labrada”. Hasta 1705, Arzáns obtiene un resultado impresionante, pero que no reproduciremos porque las medidas usadas: “pesos fuertes” y “marcos”, ya nada nos dicen a nosotros. En todo caso, el autor concluye que Potosí es “inacabable”.

Francovich informa que el español Antonio de León Pinelo, en su obra *El paraíso del Nuevo Mundo* –escrita medio siglo antes la medición de 1705 realizada por Arzáns– “se refirió a las minas de Potosí e hizo el famoso cálculo según el cual, con la plata extraída de ellas hasta entonces, podría haberse construido un puente de plata entre Potosí y Madrid, con 2.070 leguas de extensión, con 14 varas de ancho y cuatro dedos de espesor”.¹⁷ Arzáns también menciona la alegoría del puente, atribuyéndola a fray Antonio de la Calancha. Añade que “Acosta y Pedro Méndez dicen que de la

¹⁷ *Los mitos profundos*, pág 85.

plata que se había sacado hasta sus tiempos, se podía hacer otro cerro del mismo tamaño”.¹⁸

Desde entonces numerosos autores han realizado la misma demostración, a veces por rigor historiográfico, a veces por necesidad retórica, a veces por vanidad nacionalista.¹⁹ La metáfora del puente se ha repetido tanto, que Eduardo Galeano, en *Las venas abiertas de América Latina*,²⁰ la atribuye a “escritores bolivianos” y, aún más, “escritores bolivianos inflamados de excesivo entusiasmo”, lo que es llamativo tratándose de un escritor tan “inflamado” como el propio Galeano.

Actualmente, el entusiasmo de los bolivianos se debe sobre todo a la influencia de la historiografía marxista. Según ésta, las riquezas extraídas de las colonias –y entonces, la de Potosí– hicieron posible el arranque del capitalismo europeo. Algunos autores parecen solazarse con tal posibilidad, quizá porque piensan que así Bolivia participa, aunque sea de forma vicaria, en el proceso de modernización mundial.²¹

En algunas de sus versiones, señaladamente en las indianistas, esta exaltación de las riquezas naturales sirve para justificar un reclamo ético o económico a la Europa industrializada de hoy.

El “patriotismo geológico” se sigue manifestando hasta nuestros días. Un caso ilustrativo fue la decisión del gobierno de Bolivia de rescindir un contrato con la

¹⁸ *Historia*, pág. 47.

¹⁹ Entre otros, Gabriel René-Moreno, Casto Rojas, Luis Peñaloza, Gustavo Adolfo Otero, Alipio Valencia Vega, Valentín Abecia Baldivieso.

²⁰ Obra publicada en 1971. Aquí se cita según la edición de 1987, México, Siglo XXI.

²¹ Véase por ejemplo Eduardo Arce, *La independencia de Bolivia – Orígenes económicos y estructura territorial 1492-1825*, La Paz, Los Amigos del Libro, 2000.

empresa verificadora De Golyer and Mc Naughton, luego de que ésta informara de una fuerte caída de las reservas nacionales de gas. Los Tiempos registró así este suceso: “Hace dos semanas, YPFB canceló el contrato con De Golyer and Mc Naughton para la certificación de reservas hidrocarburíferas; la justificación es que esta consultora redujo en 8 trillones de pies cúbicos (TCF) los depósitos naturales existentes al 31 de diciembre de 2005, lo que no fue aceptado; se volverá a cuantificar esos volúmenes; [mientras tanto] oficialmente el Gobierno mantiene los 48 TCF de reservas certificados en 2004”.²² Este hecho basta para probar que la creencia “el recurso es la riqueza” sigue en vigencia hoy. Por la existencia de esta creencia, la posesión de grandes cantidades de un determinado recurso adquiere una crucial importancia política.

Dice Galeano que en las Indias el “producto” (es decir, lo que aquí denominamos “recurso”) se convirtió para cada país “en una vocación y un destino”.²³ En efecto, basta leer a Arzáns para ver cómo, durante dos siglos, toda la gente de Potosí y muchas leguas a la redonda vivió pendiente de un hilo: el hilo de plata que emergía de las profundidades del Cerro Rico. Esto porque cada una de las vicisitudes de la producción minera tenía el potencial de trastornar la existencia de decenas de mi-

²² Noticia publicada el 27 de mayo de 2006. En 2010, el gobierno tuvo que comunicar, a regañadientes, la cantidad de reservas, que ascendió a 19 TCF, una cifra que todos consideraron deplorable.

²³ Op. cit., pág. 44.

les de personas, de cambiar sus modos de ganarse la vida, de descansar, divertirse, rezar, pensar y escribir.

En la *Historia* también puede encontrarse una infinidad de testimonios de la avidez y la temeridad de los mineros potosinos, y observarse cómo los rasgos de quienes eran los líderes empresariales de esa época marcaron a fuego al conjunto de la sociedad peruana. Arzáns habla de la “sin igual codicia española”,²⁴ llama a los potosinos “trabajadores por conseguir riqueza”,²⁵ y explica que ellos “procuran fogosos su acendrada plata; cortan el viento por adquirirla; surcan el mar por hallarla; y trastornan la tierra por tenerla”.²⁶

¿Qué muestran estos informes sino la aparición de una manera de ver la vida centrada en la obtención del recurso natural y las rentas que pudiera generar? Francovich encontró un rótulo para esta mentalidad. “El cerro de Potosí –dice– representa el *mito del enriquecimiento rápido*, de las fortunas alcanzadas como un regalo por quienes llegaban a él... pasó a ser, de ese modo, el equivalente de los viejos mitos referentes a países fabulosos”.²⁷

El objetivo de los empresarios coloniales de alcanzar la fortuna “como un regalo” se relacionaba con un tipo determinado de conducta económica. En primer lugar, la elección de la minería antes que otras actividades de las que se esperaba sacar un provecho menor, o en las que el plazo de recuperación del capital era mayor. Y, en segundo lugar, el “abandono de la barreta”

²⁴ *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, pág. 67.

²⁵ Pág. 40.

²⁶ Pág. 36.

²⁷ *Los mitos profundos de Bolivia*, pág. 85. Las cursivas son nuestras.

una vez que se lograba acumular una fortuna suficiente para vivir de ella.

Así lo dice el mayor historiador boliviano, Gabriel René-Moreno:

Acaso no hubo tres ciudades en América adonde hubieran ingresado tantas riquezas colosales, como las que fueron trayendo consigo los mineros de LÍpez, Chichas, Chayanta, Porco y Potosí que se retiraban a pasar el último tercio de su vida en Chuquisaca.

¿Quién no ha oído de aquel don José Quiroga, comparable en tesoros tan sólo con el conde de la Valenciana? Consta que dejó a su muerte 100 millones de pesos fuertes, y además sus ingenios y minas, las cuales se hallaban todavía en bonanzas. Había pagado al rey 27 millones tan sólo por derechos metálicos. Cuando las lagunas de Potosí rompieron en el siglo antepasado sus diques sobre la ciudad, erogó 40 millones para las obras de reparación y reedificación.

Cual acontece en todas partes con todos los del gremio, aquellos mineros disiparon en Chuquisaca sumas fabulosas llevados de la más loca vanidad. Es increíble lo que botaron en paseos, francachelas, saraos, amoríos, obsequios a magnates, mitrados o togados, y en mandar oro a la corte de Madrid para conseguir bagatelas.

Es cierto que pensaron en el porvenir; pero pensaron a su modo, el cual no pudo ser más desastroso para sus propios hijos y para la del mayorazgo de Castilla, para vislumbrar en el primogénito y perpetuar en su descendencia la propiedad de la tierra. ¿Cómo no invirtieron siquiera en parte el cúmulo fungible de sus metales preciosos en adquirir, labrar, ensanchar y fomentar la propiedad raíz? ...

La explicación es muy sencilla. Esos criollos enriquecidos, cuyos agentes dilapidaban en Madrid sumas enormes por conseguir-

les un título o una condecoración, creían por una parte que la riqueza sólo consistía en el dinero, las joyas y la vajilla, mientras que por otra desdeñaban para sus hijos las empresas agrarias, ¡ellos que habían manejado la barreta!²⁸

René-Moreno documenta la incapacidad de los mineros para invertir sus ganancias mineras en otras actividades productivas, para racionalizar y perpetuar sus negocios, en suma, para salir de la extracción; y la atribuye a una causa cultural, a una creencia. Justamente a que, para esta gente, *la riqueza era el recurso*.

Sin embargo, hay que aclarar que desde el punto de vista social da lo mismo que las ganancias mineras se destinaran a la “disipación” o a la filantropía y al consumo juicioso –pero consumo al fin– de lo obtenido. No se trata de un asunto moral y, por tanto, el retintín conservador de René Moreno no tiene cabida. El verdadero problema no es la “loca vanidad” de estos hombres, sino su mentalidad económica. Una mentalidad primitiva, porque consideraba las ingentes fortunas acumuladas en Potosí como *el fin* y no como *el principio* de la actividad económica. Esto determinó que se emplearan para la vida –no importa si bien o mal– en lugar de invertirse en la economía.²⁹

Para algunos, esta mentalidad constituye una peculiaridad española. Suele decirse que los españoles evitaban otro trabajo físico que no fuera el bélico y que

²⁸ *Últimos días coloniales en El Alto Perú*; publicado por primera vez en 1896, este libro se cita según la edición paceña de Editorial Juventud, 1997, págs. 35-36.

²⁹ Aunque pronto veremos que parte de este consumo tenía también un propósito económico, si bien no productivo.

aborrecían el comercio, una *labor de judíos*. Incluso Francovich, que no era contrario a lo hispano, no puede evitar mencionar que los conquistadores venían de un largo período de guerra contra los árabes, en el que les había sido dado ascender por medio de sus hazañas de combate. De ahí, entonces, su genio aventurero.³⁰

Hoy estas hipótesis tienen un valor muy relativo.³¹ La mentalidad española, más que una peculiaridad idiosincrática, era parte de un sistema económico; ambos se compenetraban y sostenían mutuamente. La creencia de que “la riqueza es el recurso” no sólo impregnaba a los mineros altoperuanos, sino también, como veremos, a los hacendados y a toda la administración colonial: constituía la base del pensamiento económico que venía de la metrópoli. Al mismo tiempo, por encima de la subjetividad, el régimen económico colonial estaba completamente organizado para absorber ávidamente los minerales descubiertos en América. Como se sabe, hasta fines del siglo XVIII las regulaciones emanadas de la metrópoli prohibían a todos aquellos que lograban acumular fortunas en las Indias que las incrementaran mediante negocios tales como comerciar con otras potencias europeas, establecer intercambios con la propia España, pero de espaldas a Sevilla, e incluso desarrollar empresas que trascendieran las fronteras de cada virreinato. Entonces, un cálculo elemental de costo y beneficio disuadía a los magnates de salir de la minería. Esto significa que si de pronto Benjamín Franklin u otro burgués arquetípico y anglosajón

³⁰ Op. cit.

³¹ Véase Marcelo Carmagnani, Alicia Hernández y Ruggiero Romano, *Para una historia de América I. Las estructuras*, México, CFE/CM, 1999.

hubieran aparecido como dueños de una mina potosina, tampoco habrían podido hacer mucho en un sentido capitalista (aunque probablemente habrían hecho un poco más que quienes creían en el *enriquecimiento fácil*).

¿Fue todo esto “feudal” o “capitalista”? El debate sobre este asunto, que en los años setenta ocupó la energía de marxistas dependentistas y ortodoxos,³² expresa dos diferentes “creencias por argumentos” y será tratado en la siguiente sección. En todo caso, Max Weber resolvió por anticipado la polémica al señalar que elementos de capitalismo hubo siempre, incluso cientos de años antes de la revolución industrial. No todos los *capitalismos*, sin embargo, son del tipo que al fin y al cabo triunfó en Europa. Es más, la difusión y el predominio de este capitalismo debió y debe realizarse a costa de los otros, en una lucha que en algunas zonas del planeta todavía no se ha definido. Porque para que el “verdadero” capitalismo funcione está obligado a acabar con el capitalismo rentista, ese mecanismo económico que se nutre de lo excepcional; por ejemplo de la disponibilidad de un recurso natural valioso, y que, en consecuencia, se eleva para enseguida caer, formando una curva extrema de auge y decadencia, creando mucho de la noche a la mañana y disipándolo todo de un día para el otro. En suma, sin lograr generar un proceso de acumulación.

Los ricos altoperuanos de René Moreno carecían de lo que Max Weber llamó “el espíritu del [verdadero] capitalismo”.³³ En correspondencia, sus em-

³² Un resumen del debate puede encontrarse en André Gunder Frank, Rodolfo Puiggrós y Ernesto Laclau, *América Latina, feudalismo o capitalismo*, México, Ed. Quinto Sol, s.f.

³³ Max Weber [1905], *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Albor, 1999.

presas no pudieron traspasar los límites del “capitalismo político y de aventura” (éste es el apelativo que usa Weber). Esto significa que eran empresas que, aunque en ciertos casos estuvieran muy formalizadas y extendidas, obtenían sus éxitos en base a factores irracionales y erráticos como la explotación inmisericorde de los trabajadores, el robo de la propiedad ajena, el favor político, etcétera. Y tenían objetivos y una vida tan efímera como el empeño y la salud de sus propietarios.

El mundo es una mina

El capitalismo de aventura, convertido por la importancia de las minas en “modelo” de enriquecimiento, se trasladó a las demás áreas económicas coloniales. Y, a partir de la Independencia, se arrastró por todas las épocas históricas hasta nuestros días.

Siguiendo todavía a Weber, podemos presentar esta tendencia como una racionalización imperfecta del proceso económico, pues aunque el móvil del trabajo no es otro que la ganancia, se trata siempre de una ganancia de corto plazo, sujeta a determinadas condiciones extraeconómicas –el acceso al recurso, la ventaja política– y que, por su naturaleza, no es posible realizar indefinidamente. Llamemos a esta tendencia “modelo de enriquecimiento extractivo”. Comienza con una creencia, la segunda de nuestra lista. Se trata de la visión del Nuevo Mundo, por parte de los europeos, como una gigantesca *mina*, sin que importe que los recursos por explotar sean subterráneos, vegetales, animales o... humanos.

Varios historiadores han llegado a la conclusión de que el atractivo de las minas coloniales no era tanto la riqueza de las vetas como los indios que las explotaban por nada. Más que minas ricas, entonces, lo que había era una “mita rica”.³⁴ El modelo de enriquecimiento extractivo arrancó con la transformación del hombre en un “recurso”, no en el sentido moderno que trasluce la conocida expresión “recursos humanos”, sino en el más simple y brutal de “cosa utilizable”, de “materia” que es posible convertir, por medio de una alquimia sangrienta, en plata y oro.

Por eso la decadencia de la industria minera, casi siempre descrita en términos de agotamiento de los minerales y caída de las leyes, debe atribuirse también a la creciente deserción indígena, al desplazamiento de cientos de miles de personas, a lo largo de los siglos, hacia zonas alejadas de las minas y sobre todo a los lugares en los que un cierto desarrollo agrario podía enrolar a nuevos trabajadores, que así quedaban protegidos de las tareas mineras.

Y es que los azogueros no eran los únicos “mineros de hombres”, es decir, los únicos interesados en tomar ese recurso gratuito que estaba al alcance de las manos de quienes llegaban de Europa. Éste también era el negocio de los hacendados, que si bien por la naturaleza de su labor no diezmaban a los indios, igual los forzaban y explotaban sistemáticamente.

Las disposiciones adoptadas por el virrey peruano Francisco de Toledo en el último cuarto del siglo XVI para distribuir a la población indígena en tres partes –una

³⁴ Ruggiero Romano y Marcelo Carmagnani, “Componentes económicos” en *Para una historia de América I. Las estructuras*, ed. cit.

“encomendada” a los hacendados, una recluida en comunidades de donde los mineros podían “pescar” mano de obra, y una “contratada” en las minas— cerraron un primer ciclo de guerras civiles españolas, cuyo principal motivo era la disputa por la “energía humana” disponible, igual que ahora se disputa y guerrea por la energía fósil del petróleo.³⁵ “Mita rica” de un lado, “encomienda rica”, del otro, los indígenas eran el verdadero “objeto del deseo” colonial. Las dos grandes industrias de la época que podríamos llamar “capitalistas” (en el sentido amplio de Weber), la minería y la agropecuaria, se basaban en la abundancia de trabajadores gratuitos (aunque en algunos casos formalmente asalariados). Eran, por tanto, formas de un “capitalismo político” enteramente basado en el dominio militar y político del Estado.

También el comercio estaba modelado según el paradigma extractivista. En este caso, lo que fungía de “recurso” eran los privilegios reales para comerciar con las Indias, los monopolios mercantiles locales, los derechos de vender los diezmos en especie recolectados por la Iglesia, etc. En el mundo colonial, la competencia prácticamente no existía. O, mejor dicho, la competencia solamente era *política*, por la obtención de los privilegios y monopolios, así como de las *rentas* que éstos generaban.

Durante el gobierno español, es evidente que el Alto Perú, como todas las colonias de aquella testa, no eran tan ricas como debían estar. Reducidos los colonos a ser mineros, no podían ejercitar sus talentos en ninguna otra ciencia ni arte productivo. La filosofía peripatética, teología escolástica y la jurisprudencia eran todo el

³⁵ Cfr. Laserna, Gordillo y Comadina, *La trampa del rentismo*.

aprendizaje de las escuelas. (En Lima y Buenos Aires se estudiaba la medicina y algunas partes de las matemáticas, pero en Charcas, nada de eso). Los ramos de industria y comercio estaban casi en un estado de nulidad: consiguiente no producía la Nación todo lo que podía producir en estos dos ramos. Por otra parte, la porción más considerable de los metales preciosos iba a parar en España por los muchos conductos que había para extraerlos del país y transportarlos. A más del ramo de tributos y demás impuestos, casi no había un empleo cualquiera que no fuera venal, y para cuya venta no fuese necesario mandar proporcionalmente a la Metrópoli talegos de plata y oro. En fin, por causa del monopolio español en todos los ramos productivos, se exportó de sólo esta República en el espacio de tres siglos tantos caudales que no es posible formar un guarismo.³⁶

En esta economía basada en el recurso, sea éste natural o “naturalizado”, lo que cuenta es el acceso a las fuentes de riqueza y, por tanto, la proximidad al poder. Más posibilidades de enriquecimiento tienen quienes más cerca se hallan del centro de las decisiones. Las ventajas de nacimiento, la adhesión a determinado partido, la participación en redes de socorro mutuo, la protección de algún gran señor, la obtención de títulos y derechos; todo esto que recibe la desaprobación de René Moreno en tanto supuesta muestra de una “loca vanidad”, en realidad tenía una importancia muy concreta para los miembros de las clases altas.

³⁶ Anónimo (“El Aldeano”), *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados, presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella. Año 1830*, La Paz, Plural/UMSA, 1994.

La extenuación de las minas de plata y la reforma del régimen de los Austria a fines del siglo XVIII iniciaron el derrumbe del modelo extractivo colonial. Eso sí, fue un derrumbe muy lento, que se extendería a lo largo de todo el siglo XIX. Dio lugar a otro modelo distinto, pero igualmente extractivo y argentífero, y éste a su vez a otro, el del estaño, y a otro más, el del gas. El modelo de enriquecimiento basado en el gas que prima hoy constituye la cuarta etapa del modelo extractivista que los conquistadores trajeron en carabelas e implantaron en este territorio. A diferencia de otros países americanos, Bolivia no ha podido salir de este tipo de economía.

El extractivismo no se debe solamente a la existencia sucesiva de recursos abundantes. La clave reside en que se trata de algo más que eso: una mentalidad que se reproduce *incluso en condiciones de carencia*. La podemos seguir viendo durante los períodos en que el recurso dominante desaparece y entonces, debe *inventarse* de alguna forma. Tal es el caso del problema que durante el siglo XIX se consideró el mal boliviano por antonomasia: la “empleomanía”.³⁷ Precisamente ésta consiste en ver al Estado y sus planillas de gasto y empleos como si fueran yacimientos por explotar. Algo parecido puede decirse de la explotación de recursos renovables –primero la cascarilla y luego el guano, la goma, las maderas preciosas, la castaña, etc.– como si se tratara de recursos no renovables.³⁸

³⁷ Ya lo señaló, en 1830, “El Aldeano”, op. cit.

³⁸ “Nuestra cultura es una cultura de la extracción, del saqueo, y por eso es tan difícil el manejo sostenible de los bosques”, señala hoy el director de una organización dedicada a promover el respeto al medio ambiente. (Comunicación personal con el autor). Un empresario de la castaña de Pando define la cuestión así: “Es muy difícil convencer al campesino de

Detallemos el asunto de la “empleomanía” y la que fue su derivación directa en los años posteriores a la fundación de la República: la contratación de empréstitos extranjeros (generalmente hipotecando algún ingreso fiscal) para sostener al Estado y ejecutar la escasa inversión pública.

Luego de su independencia, Bolivia se vio carente de los recursos que los españoles habían parasitado durante casi tres siglos: los minerales y los indígenas, a los que ya no cabía explotar con las antiguas técnicas coloniales.

Pese a lo que se dice a menudo, pero sin reflexionar, la Independencia sí afectó significativa e irreversiblemente la vida de las clases populares altoperuanas; aunque la exclusión y el racismo permanecieron, la guerra despertó la conciencia política de indios y mestizos y le quitó eficacia a ciertas formas de opresión especialmente odiosas.

Así, tanto minas como haciendas eran muy poco productivas. Aunque algunos intentaron restaurar la mita, no obtuvieron apoyo y fracasaron.³⁹ El Estado debió sobrevivir principalmente con los tributos que pagaban las comunidades indígenas preservadas a cambio de que las dejaran en paz. También restauró hasta donde pudo el monopolio del comercio de plata (a fin de usarla exclusivamente en la acuñación de moneda, lo

que cuide, de que desbroce, de que pode. Él quiere que todo se dé naturalmente, como se da la castaña, sin hacer nada”. (Fundación Corporación Boliviana de Responsabilidad Social Empresarial, *La Responsabilidad Social en Bolivia*, La Paz, Coborce, 2008.)

³⁹ Andrey Schelchikov, *La utopía social conservadora en Bolivia: el gobierno de Manuel Isidoro Belzu (1848-1855)*, Moscú, Academia de Ciencias de Rusia, 2007.

que era muy importante en ese tiempo, que seguía un patrón monetario bimetálico) y del comercio exportador, reproduciendo de esta manera el control de la circulación que había imperado durante el régimen colonial. Y se propuso buscar una fuente más sólida de ingresos, tentando inclusive la posibilidad de expropiar las tierras indígenas que la Colonia había respetado.

Durante este tiempo la sociedad boliviana se afanó en encontrar un nuevo *recurso dominante*. Probó con la cascarilla de los años cuarenta, el guano y el salitre de los decenios posteriores; la plata, nuevamente, desde la década de 1860.

Como símbolo de este esfuerzo debemos recordar a los hombres que se lanzaban tras una fortuna química: gambusinos lunáticos y obsesivos, que organizaban expediciones desesperadas por medio país, fracasando una y otra vez, pero volviendo a comenzar siempre. Es probable que en el espíritu de esta gente, que impresionó a más de un historiador,⁴⁰ resida la única grandeza del extractivismo.

Los escasos excedentes del “modelo extractivista sin recursos” de los primeros dos tercios del siglo XIX se destinaron al pago de una burocracia que se triplicó a lo largo de este siglo.⁴¹ Hacia 1850, el 85 por ciento del presupuesto⁴² se destinaba a pagar a un ejército en permanente convulsión por el control de este botín. Como no alcanzaba para todos, el conflicto era habitual. Y

⁴⁰ Véase por ejemplo Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano: 1848-1900*, Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1967.

⁴¹ Rafael Sagredo y Rossana Barragán, “Los mitos del orden y el poder”, en Eduardo Caviares y Fernando Cajías (coord.), *Chile-Bolivia, Bolivia-Chile: 1820-1930*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2008.

⁴² Andrey Schelchov, op. cit.

la falta de estabilidad y credibilidad llevaba a los gobiernos a contratar préstamos extranjeros en condiciones no muy dignas, que complicaban más la situación de las arcas públicas, y azuzaban el deseo “revolucionario” de los caudillos militares.

Este comportamiento republicano (la explotación del Estado como si fuera un yacimiento) no cesó nunca más. El auge de la industria de la plata, a fines del siglo XIX, y de los demás recursos que fundaron, respectivamente, nuevas etapas del modelo extractivista, disminuyeron la importancia de la “empleomanía” como medio de enriquecimiento de las élites, pero no lograron anularla.

Incrementar el gasto público tanto en tiempos de crisis como en momentos de auge ha sido la gran “ocurrencia” de los gobiernos bolivianos; aunque, en lo que verdaderamente han demostrado ingenio ha sido en las múltiples formas de empaquetar y vender esta “necesidad nacional”. Durante el período democrático, el único gobierno que se libra de este juicio es el de Víctor Paz Estenssoro (1985-1989). Por lo demás, incluso cuando se decidió reducir el Estado mediante la privatización de las empresas estatales, las burocracias se aseguraron de que esto se hiciera con abundante gasto público.

El modelo “extractivista sin recursos” de principios de la República se repitió en los años ochenta y noventa del siglo XX, en ese periodo anómalo en que los minerales en que Bolivia había sido tan “rica” se agotaron,

y aún no se había descubierto los yacimientos de gas que la han vuelto “rica” hoy. En esta etapa “despojada”, la economía giró hacia la agricultura intensiva de soya y otras oleaginosas en la única zona del territorio nacional en que este tipo de actividad es posible, esto es, las áreas cercanas a Santa Cruz de la Sierra.

Además, se agregó valor a los productos naturales, inaugurando una industria exportadora que se convertiría en una alternativa al tradicional comercio de recursos no renovables. Sin embargo, en esta fase Bolivia no dejó de buscar otra gratificación de su vocación extractivista, como prueba el hecho de que, al final, encontró el gas. Ni tampoco dejó de manifestarse, en aquellos años, la creencia de que “el mundo es una mina”, pues en varios aspectos los nuevos emprendimientos soyeros se realizaron bajo el paradigma del saqueo de las riquezas “encontradas”. El principal motor de la transformación agrícola de Santa Cruz fue el proyecto “Tierras bajas del Este”: un ejemplo de éxito productivo y, al mismo tiempo, de depredación indiscriminada de la naturaleza. Hasta ahora mismo los hacendados cruceños no parecen tener en mente la sostenibilidad ambiental (y en algunos casos, también social) de sus esfuerzos. Es como si trataran de acumular ganancias en un corto lapso para después, cuando la “veta” se acabe, abandonar el lugar, dejándolo atrás baldío: con los pisos erosionados, deforestados, con el agua contaminada; en suma, inservible. Y trasladarse a otra zona natural mejor conservada para comenzar de nuevo. Se trata de un comportamiento típicamente *minero*, que se presenta de una manera aún más descarnada en el área fores-

tal. (Hay que hacer notar, sin embargo, que también existen, entre los emprendedores agrícolas y madereros del Oriente, algunos capitalistas racionales, orientados a la acumulación sistemática y sostenible).

El recurso es un tesoro

Pese al entusiasmo de Arzáns por la singularidad de la urbe en la que nació, la verdad es que en la época en la que escribe (en el último tramo del “primer declive” de la plata, que duró de 1630 a 1730) los mejores tiempos de Potosí ya habían pasado. Por eso, por debajo del orgullo que le causaba lo que ahora llamaríamos “ré-cords” del Cerro, corre una vena de preocupación por la decadencia de la industria minera y por la falta de perspectivas del modelo extractivo.

Francovich lo describe de una forma insuperable:

Lo más impresionante en la obra de Arzáns no nos parecen ser tanto sus descripciones de la pasmosa riqueza de las minas y del esplendor de la vida de la Villa Imperial de Potosí, como la sensación que ella va dando angustiosamente de que esa riqueza y ese esplendor no dejará tras de sí nada más que un cerro hueco, la nostalgia de un pasado babilónico y el recuerdo de luchas apasionadas en las que la violencia y la muerte estaban al servicio de la codicia, del orgullo y del ansia de glorias efímeras.⁴³

Este estado de ánimo se manifiesta enternecedoramente en la angustia de Arzáns por la caída de los pre-

⁴³ Guillermo Francovich, *Alcides Arguedas y otros ensayos sobre la historia*, La Paz, Juventud, 1979, pág. 33.

cios de los muchos productos que a principios del siglo XVIII aún era posible comprar en Potosí, pero que antes habían costado dos o tres veces más. Esta nostalgia por las pasadas “glorias” del mercado, que había estado lleno hasta los bordes de toda clase de mercancías lujosas, muchas de ellas exóticas, traídas de todas partes del mundo, es reveladora de la percepción colonial de la prosperidad. La adquisición de sedas asiáticas y de maderas labradas europeas era vista como signo de poderío, sin reparar en que semejante cosmopolitismo era la otra cara de la precariedad de la economía interna y, por eso, una expresión de dependencia de las industrias extranjeras.⁴⁴

Arzáns siente nostalgia por un pasado en el que, en los hechos, se estaban sembrando las condiciones de la miseria futura, como ocurriría muchas otras veces a lo largo de la historia boliviana. En esta sensación de pérdida de una falsa (o al menos efímera) abundancia, se cifra la psicología de épocas enteras, así como el regionalismo de pueblos como Potosí, Oruro, Camiri, etc.

Fue en el siglo XIX en que esta angustia asociada a la fugacidad de los recursos se tradujo en una creencia, la tercera de nuestra lista. Según la corriente “proteccionista” que dominó el pensamiento boliviano en el primer medio siglo de la historia del país, había que proteger la plata todavía existente y evitar su salida del país por culpa del comercio. Esta posición fue vencida por el librecambismo, pero se replanteó en las primeras décadas del siglo XX.

⁴⁴ El primero en hacer esta observación fue “El Aldeano”, op. cit.

Se trata de la creencia de que los recursos *son un tesoro* que hay que proteger de ulteriores saqueos, al mismo tiempo que su explotación debe reservarse para la nación.

Veamos la singular forma en que este convencimiento fue expuesto por uno de los escritores que se ocupó de los recursos naturales desde esta perspectiva, Tristán Maroff:

Una anécdota oriental nos cuenta de un pueblo muy rico que vivía sobre sus tesoros, pisando todos los días montañas de oro, y sin embargo no poseía trajes ni casas ni siquiera el alimento necesario para subsistir. Este pueblo cantaba y bailaba diciendo a todo el mundo que era muy rico, y como su riqueza era evidente, de tierras extrañas llegaban hombres rubios, tercos y de hombros anchos, de mirada torva y hablando un lenguaje raro, razón por la que los nativos obedecían subconscientemente. Pero cuando alguna vez los nativos no querían trabajar, los hombres rubios amenazaban con sus escuadras y sus cañones. ¡Y todo volvía al orden!...

En ese tiempo existían visires y guardianes de jenízaros que hacían cantar el himno nacional de libertad después de azotar a los esclavos por cuenta de las grandes empresas que succionaban el oro de las montañas. Y habían maestros que repetían delante de sus alumnos: “nuestro país es muy rico; solamente nos faltan brazos y capitales”. Y los nativos esperando los brazos extranjeros que nunca venían al país trabajaban en los socavones y rompían sus pulmones, y los capitales jamás llegaban, porque el verdadero capital que tenía el país –y de esto no se apercebían– eran los pobres indios y los pobres cholos, calificados por los hombres rubios que bebían whisky como pueblo inferior e incapaz de poder analizar el misterio de las finanzas.

Y los visires, coreados por los escribas más serviles y los ministros que eran amigos de los hombres rubios decían en su lenguaje vulgar: “este país es muy rico”. Y por todas partes, en el país

rico, no se veía otra cosa que harapos, rostros miserables y tugurios infames, donde el vicio y la degradación habían arrasado los últimos residuos de dignidad humana.

Y todos los días salían por los ferrocarriles, especialmente contruidos por los hombres rubios, torrentes de mineral hacia los puertos de Europa, que inmediatamente se convertían en libras doradas que quemaban las manos, pero que tampoco volvían al país de origen.

Princesas y príncipes vivían en las grandes capitales europeas, derrochando el esfuerzo y el capital que brotaba de las minas. Los nativos humillados, en cada fiesta patria, cantaban su doloroso himno a la libertad, pero en sus espaldas y en sus rostros se veía el hambre...

De esta manera, nadie comprendía un fenómeno tan sencillo: ¿por qué un pueblo siendo rico y teniendo todas las materias primas, vivía en la pobreza y la humillación!⁴⁵

Esta triada “tesoro”, “grupo aborigen que es el dueño original” y “saqueador” va más allá del pensamiento boliviano: forma un “meme” o “gen ideológico” de la cultura occidental.⁴⁶ Posiblemente representa la dolorosa memoria que tiene ésta de los traumáticos sucesos de la Conquista del Nuevo Mundo.

Y es al mismo tiempo una profunda creencia de los pueblos sumergidos en el patrón de enriquecimiento extractivista, entre los cuales la ira por el saqueo pasado se mezcla con el temor por el despojo presente y futuro.

De ahí que dé incesante pábulo a “teorías de la conspiración”. *Puesto que siempre ha de haber un saqueo,*

⁴⁵ Tristán Maroff, *La emancipación económica de Bolivia*, La Paz, Ediciones del PSOB, 1940, págs.1-3.

⁴⁶ Sólo en 2008 se exhibieron varias películas con un argumento semejante: *La búsqueda del tesoro II*, *Indiana Jones y la calavera de cristal*, *Quantum of Solace*, etc. Un año después llegaría el gran éxito *Avatar*.

es lógico que éste se esté tramando en este mismo momento. Toda la literatura nacionalista y socialista sobre la minería del estaño (con autores como el ya citado Maroff, Augusto Céspedes, Carlos Montenegro, Sergio Almaraz) y sobre la problemática del petróleo boliviano (Marcelo Quiroga, Andrés Soliz y muchos otros) denuncia la conspiración de algún grupo interno de saqueadores: la “rosca”, el “poder minero”, la “oleocracia”, el “neoliberalismo”. Y, claro, por detrás detecta la conspiración externa del imperialismo (es decir, de los países que se hacen prósperos con el saqueo de los recursos de los países pobres).

Esta tercera creencia forma un círculo lógico con las dos anteriores. Si para la mentalidad colectiva “la riqueza es el recurso” y “el mundo es una mina”, entonces la protección de los recursos constituirá necesariamente la ideología permanente del país. Dentro de un capitalismo político y de aventura, la “lucha de clases” se produce en torno a las oportunidades de acceso a los ingresos extraordinarios que dan sustento a este régimen económico, ingresos que unos quieren conservar en sus manos y otros redistribuir. Ocurren así enfrentamientos entre sectores de la población y del país por el control de los recursos naturales, en los cuales unos asumen el papel de *verdaderos destinatarios* y acusan a los otros de saqueadores, y viceversa.

Un último ejemplo es la polémica (2004-2008) entre los departamentos de la “Media Luna” (Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija) y el gobierno de Evo Morales. En esta confrontación cada uno de los bandos acusó al otro de intentar apropiarse de los recursos naturales (el gas y la tierra, principalmente), y ambos afirmaron, simul-

táneamente, que la administración que le darían a estos recursos sería mejor que la de los adversarios.

En general, cada sector y cada líder lucha por controlar los recursos justificándose en la necesidad de preservar el “tesoro” de la ambición ajena y “devolvérselo al pueblo”, que es el propietario originario de la riqueza.

Es en este punto en el que el patrón extractivista se combina con el estatismo. Pues se concibe que el único sujeto social realmente facultado para administrar correctamente los recursos será el que los tome *a nombre de todos*, es decir, el Estado.

Aunque no guarde una relación fidedigna con los acontecimientos históricos, no puede negarse que este estado de alerta por un supuesto complot para saquear el tesoro, y la consiguiente movilización para salvaguardarlo mediante la propiedad colectiva, representada por el Estado, es la más vivaz y persuasiva de las imaginaciones bolivianas.

De ahí también la ilusión y el fervor con que se plantea en nuestro país la *nacionalización*. Maroff, pionero en este campo, decía que se trata de “un gran esfuerzo por salir de la tinieblas” y que con él “los bolivianos por primera vez en su historia conocerían los atributos de una vida nueva”.⁴⁷

Setenta años después, esta ilusión sigue viva. En el discurso de asunción que pronunció el 22 de enero de 2006, el presidente Evo Morales comparó la naciona-

⁴⁷ *La verdad socialista de Bolivia*, La Paz, El Trabajo, 1938.

lización de los recursos naturales con una *reconquista del territorio nacional*:

Como nuestros antepasados, soñé con recuperar el territorio; y cuando estamos hablando de recuperar el territorio, nos referimos a que todos los recursos naturales deben pasar a manos del pueblo boliviano, del Estado boliviano...⁴⁸

Y cuando poco después nacionalizó el gas, usó la siguiente frase:

La propiedad de los hidrocarburos, del gas boliviano, pasa a partir de este momento a manos del Estado boliviano, bajo control del pueblo boliviano. Es la solución a los problemas económicos, a los problemas sociales de nuestro país.⁴⁹

La primera nacionalización de la historia boliviana se produjo contra la petrolera norteamericana Standard Oil, del famoso y agresivo millonario Nelson Rockefeller, la cual ocurrió recién acabada la Guerra del Chaco (1936), en la que perecieron 50 mil bolivianos. Esta guerra se debió a razones parecidas a las que causaron los conflictos europeos de antes y después. La arrogancia nacionalista (“pisar fuerte en el Chaco” era la frase favorita del megalómano presidente de entonces, Daniel Salamanca), la efervescencia social que rápidamente se convirtió en una ola chauvinista, el uso irresponsable de las Fuerzas Armadas, todo esto con-

⁴⁸ *La revolución democrática y cultural. Diez discursos de Evo Morales*, La Paz, MAS/Malatesta, 2006, pág. 34.

⁴⁹ Op. cit., pág. 38.

dujo al desastre. Sin embargo, el pensamiento nacional, en particular el de izquierda, nunca lo reconoció. En lugar de eso procuró acomodar el suceso de la guerra en un esquema simbólico más familiar y que reflejara el conflicto primario de la historia nacional, el que ordena y da sentido a todos los demás: la lucha por preservar/saquear el tesoro boliviano.

La introducción del drama del Chaco en este lecho de Procusto dio como resultado un conjunto de teorías de la conspiración, según las cuales:

- Paraguay quería saquear los recursos bolivianos, por eso comenzó la guerra. La Royal Dutch Shell también quería saquear los mismos recursos, y por eso azuzó a los paraguayos a reclamar el Chaco para ellos.
- La Standard Oil quería que Bolivia entrara a la guerra para saquear de mejor forma el petróleo sobre el que tenía ciertos derechos, ya fuera “controlando el río Paraguay” y de este modo el mercado argentino, o impidiendo que su competidora, la Royal Dutch Shell, se apropiara de los yacimientos bolivianos por medio de la manipulación del pueblo paraguayo.
- La Argentina quería los recursos bolivianos y por eso entró en confabulaciones, o con la Standard, por un lado; o con Paraguay y la Royal Dutch Shell, por el otro. Mientras Bolivia derramaba sangre por “defender el petróleo”, la Standard se lo vendió a la Argentina, pese a que este país apoyaba al Paraguay.
- La guerra fue el producto de alguna o de la combinación de estas conspiraciones, cuyos autores, fueran unos u otros, manejaron como títeres a los gobiernos de ambos países.

- Por estas razones, el deber colectivo era nacionalizar el petróleo.

Existe abundante evidencia de que estas versiones de la historia son totalmente fantásticas; que el Paraguay no quiso la guerra más que Bolivia, que la Shell no se moriría por el petróleo boliviano, que la concesión que la Standard tenía en el país no era muy rentable, que llegar al mercado argentino (el cual sin duda le interesaba) no merecía la organización de una conflagración bélica, porque la Standard también tenía concesiones en Argentina y el río Paraguay carece de la profundidad suficiente para la navegación de los barcos tanqueros, etc.⁵⁰

Pese a todo esto, uno de los más prestigiosos escritores nacionales, René Zavaleta, dice lo siguiente:

El objetivo de la Guerra del Chaco fue el petróleo que se suponía que existía en cantidades fuera de lo común en la franja subandina del sudeste boliviano, yacimientos que habían sido entregados en calidad de concesión a la Standard Oil. Después de que se le obligó como nación [a los paraguayos] a recibir a los ingleses [con la Guerra de la Triple Alianza] no resultaba del todo incongruente que la Royal Dutch Shell intentara la adquisición de esa riqueza presunta usando un país y sólo así se explica el ardor con que el Paraguay se lanza a una empresa aparentemente funambulesca.⁵¹

El entrelazado de la creencia en el saqueo y la historia nacional ha consumido una enorme cantidad de ener-

⁵⁰ Rafael Archondo, “La guerra del Chaco: ¿hubo algún titiritero?”, en *Umbrales* N o 13, La Paz, CIDES-UMSA, diciembre de 2005.

⁵¹ René Zavaleta [1967], *La formación de la conciencia nacional*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1990.

gías intelectuales y sociales. Éste es el mecanismo específico de reproducción de la ideología nacionalista. Esta visión del mundo que produce partidos, pensadores y mártires que, al sumarse a ella, le conceden prestigio y verosimilitud. La lucha por la conservación y la distribución del tesoro boliviano se torna así en parte de la identidad nacional. Los principales intelectuales son los que más han contribuido a la denuncia del saqueo. Los más grandes líderes son aquéllos que mejor lo han combatido o lo combaten: los Busch, los Villarroel, los Paz, los Lechín, los Morales.

Incluso se ha creado una mística adecuada a esto, y entonces se trata de algo más que de un acto de justicia mundana; con esta lucha se busca reequilibrar el balance cósmico, evitando que el don concedido termine en las manos equivocadas:

Oración por la patria

...

Te damos gracias Señor,
por los recursos naturales
con que nos has privilegiado.

Haz que la codicia
de extraños,
no sea motivo de discordia entre nosotros,
e impide la explotación irracional,
que sólo beneficia a unos pocos
y desgracia a muchos.⁵²

⁵² Oración que se reza en la Escuela de Altos Estudios Militares, según pudo comprobar el autor en 2007.

La creencia de que “la riqueza es un tesoro” no sólo afecta a la izquierda (como por otra parte tampoco ocurre con las otras dos). También explica la estrechez de intereses de las élites que ven en el mercado y la libertad económica sólo los aspectos que les son inmediatamente convenientes.

Las reformas liberales de los años noventa fracasaron en parte por esto. Durante esta década, los empresarios se adhirieron a los programas de estabilización macroeconómica, desregulación laboral y disminución de la intervención estatal, pero dilataron las políticas de libre competencia, no invirtieron suficientemente, no impulsaron la transformación de los medios de producción ni de las prácticas laborales, y siguieron beneficiándose de privilegios públicos irregulares, como subsidios y monopolios. En suma, no estuvieron dispuestos a pagar el precio que, en el corto plazo, exige la verdadera libertad de mercado, a cambio del gran beneficio que, en el largo plazo, podía haber significado la construcción de un sistema con equidad de oportunidades e intensa movilidad social.

Tengamos en cuenta, por ejemplo, que las empresas bolivianas se resistieron a cotizar en la bolsa –aunque el obstáculo crucial para su expansión económica fuera la falta de financiamiento– porque esto les hubiera exigido ser transparentes con sus accionistas y el fisco.

Este ejemplo, al igual que muchos otros que no se mencionan aquí, muestra que para la mentalidad empresarial boliviana la riqueza es un conjunto cerrado al que *se debe acceder* (para lo cual es clave la posición que se ocupa), en lugar de un flujo que es posible producir incesantemente.

Karl Popper llama a esta concepción “economía parmenídea”, en alusión al filósofo presocrático Parménides, quien pensaba que la verdadera realidad es estática e invariable.

La economía parmenídea es la doctrina según la cual todo intercambio económico es un juego de suma cero o, en otras palabras, que en todo intercambio entre usted y yo, su ganancia ha de ser mi pérdida. Esta teoría primitiva, basada en lo que se podría llamar ‘el principio de la conservación de la riqueza’, era la base del mercantilismo. Está en la base de la teoría marxista de que la acumulación o aumento de la riqueza entre los capitalistas ha de compensarse con un aumento de la miseria de los obreros... es muy común seguir creyendo algo muy similar, y su influencia aún se puede percibir en la lucha por el trozo mayor en el reparto del pastel nacional.

El verdadero progreso en la teoría económica empezó con el abandono de este prejuicio parmenídeo. Comenzó cuando Adam Smith dejó claro que, en un intercambio voluntario, por regla general ambas partes ganan y nadie pierde. Creo que este descubrimiento antiparmenídeo sigue siendo la lección más importante que podemos sacar de la economía.⁵³

Ésta es justamente la lección que las élites bolivianas no han aprendido todavía, y no por razones intelectuales, puesto que la mayor parte de sus miembros se dicen discípulos de Adam Smith, sino porque sus intereses no están afincados tanto en la creación de riqueza como en su acaparamiento y en su repartición. Por eso, son intereses conservadores o, en la jerga popperiana,

⁵³ Karl Popper, *El mundo de Parménides – Ensayos sobre la ilustración presocrática*, Madrid, Paidós, 1998.

intereses parmenídeos. Surgen de una condición natural muy clara: los recursos naturales no renovables constituyen una riqueza cerrada, finita, que cabe distribuir pero no producir ilimitadamente. Y surgen también de una condición histórica: el tipo de Estado existente, que fue construido para regular el acceso a la riqueza y que por eso es objeto de constantes asaltos y apropiaciones particulares; se trata de un Estado patrimonial, propio de un “capitalismo político”.

Entonces, élites y pueblos actúan según el mismo paradigma. Unas y otros son el producto del mismo suelo y la misma historia. La única diferencia está en que mientras las élites tratan de defender su tradicional control de la riqueza nacional, los pueblos luchan porque esa riqueza cambie de manos y los beneficie directamente. Las élites son conservadoras y acaparadoras, mientras que los pueblos suelen terminar enredados en un iluso e ingenuo igualitarismo. De ese modo, las relaciones entre las primeras y los segundos son juegos de suma cero, lo que explica la ingobernabilidad política del país.

II. CREENCIAS POR ARGUMENTOS

Como anticipamos en la Introducción, a lo largo de la historia se han generado tres grandes visiones, cada una con sus propias conclusiones, sobre el papel de los recursos naturales en el desarrollo nacional. Estas visiones, situadas en un plano más sistemático o “argumentado”, están indudablemente vinculadas con las *creencias por motivos* de las que hemos hablado en el capítulo anterior, aunque no son un mero reflejo de ellas (la relación nunca es unilateral). Aquí las llamamos “tesis”, para subrayar aquello que las distingue del otro tipo de creencias: su depuración y densidad.

Tesis 1. Recursos naturales a cambio de progreso

Después de 1825, el amor por el progreso fue inoculándose en las élites bolivianas más lentamente que en otros casos latinoamericanos, pero de manera efectiva. “Progreso” era, en esa época, una forma de denominar el visible triunfo del capitalismo en Europa. La admiración por la obra europea se traducía en la pretensión de lograr un cambio integral de las condiciones imperantes en Bolivia. Según pasaban los años, más se ansiaba ciencia en lugar de religión, hechos positivos en lugar de especula-

ciones retóricas, organización republicana en vez de despotismo; y todo esto aparecía cifrado en una gran estrategia modernizadora: la libertad de comercio.⁵⁴

Así llegamos a poseer nuestro propio “Comte” y, hacia fines del siglo, nacieron las ciencias nacionales con la publicación de pioneros estudios económicos, antropológicos, sociológicos, etc.⁵⁵

La fe en el progreso se convirtió poco a poco en la religión mayoritaria. Incluso los rojos o conservadores, que temían sus consecuencias religiosas y éticas, y que observaban con aprehensión la nueva cultura que el “maquinismo” generaba en los admirados y a la vez despreciados Estados Unidos, cayeron bajo su hechizo. Mariano Baptista, uno de los presidentes conservadores, rechazaba las transformaciones culturales y éticas que comenzaban a ocurrir, pero aprobaba categóricamente el avance tecnológico de la minería y, por extensión, del conjunto de la economía...

Las élites librecambistas, sin embargo, no se proponían seguir literalmente a la Europa industrial, ya que comprendían la enorme brecha que separaba a las ex colonias de la empobrecida España del mundo plétórico de novedades y logros que entreveían en sus lecturas, así como en sus viajes por los países de su preferencia: Gran Bretaña y Francia.

⁵⁴ Aunque, como decimos más adelante, en el primer medio siglo de Independencia, un ala de la élite ilustrada se sumó a los sectores conservadores y al artesanado plebeyo en lo que podríamos llamar el “partido proteccionista”, que se inclinaba por otra tesis sobre los recursos. Por eso esta fracción (sacando de ella a los hispanófilos nostálgicos de la Colonia, que eran la minoría) representa el primer antecedente del “nacionalismo de los recursos naturales” (*infra*).

⁵⁵ Guillermo Francovich [1956], *El pensamiento boliviano en el siglo XX*, Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1985.

Para esta gente, el camino a la prosperidad comenzaba en algo mucho más modesto que la industrialización, para la que no creía que estuvieran preparadas la población ni las finanzas o la organización estatales. Lo que Bolivia debía hacer era alimentar el proceso de modernización europeo con sus materias primas, y así beneficiarse ella también. En una frase, estaba llamada a trocar los recursos de que disponía por progreso.

Decía Baptista:

Debe ser Bolivia, en el mercado general, productor de primeras materias y muy especialmente de los minerales, si se toma en cuenta su parte habitada y la extensión y fecundidad relativas de sus fuentes de producción. Su más grande oferta se constituirá, por muchos años, en oferta de metales: su constante pedido será el de artículos manufacturados, y su progreso material dependerá de este cambio. *Vano es pensar que, antes de sobrevivir evoluciones seculares, que alteren el organismo económico del mundo, pueda introducirse en el movimiento general como productor fabril.*⁵⁶

De esta forma las élites nacionales reclamaban, trescientos años después, el cumplimiento de la promesa de Juan de Ginés de Sepúlveda, asesor de la Corona española que, poco después del Descubrimiento, justificó el derecho de los cristianos de conquistar los dominios de los indios, asegurando que éstos recibirían a cambio las ventajas de una cultura superior.⁵⁷

⁵⁶ Citado por Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero*, tomo I, ed. cit., pág. 142.

⁵⁷ Silvio Zavala [1947], *La filosofía política de la Conquista de América*, México, FCE, 1994, pág. 56.

Esto resulta paradójico, porque los enamorados del progreso del siglo XIX, en especial aquellos que pertenecían a la facción positivista y liberal del librecambismo, odiaban la colonización española, que se les antojaba el *summum* de las supersticiones convenientes y el despotismo.

El *leit motiv* de la visión librecambista (conservadora, primero; liberal, después) sobre los recursos naturales, que triunfó plenamente sobre el proteccionismo en 1873, fecha en la que acabó el monopolio estatal del comercio de pastas de plata, fue el siguiente: ‘Bolivia tiene riquezas, el mundo las necesita, entonces es posible vivir de ellas y progresar a un ritmo propio, especializando a la República en la producción de materias primas. Mas no podemos hacerlo solos.⁵⁸ Bolivia tiene las riquezas, pero le falta capital y trabajadores especializados del extranjero. Sólo Europa puede ayudarla a ser como Europa.’

De ahí el interés de los librecambistas por establecer negocios conjuntos con los europeos, por atraer inversiones; así como de su ingenua alegría cada vez que un negocio boliviano se abría en Londres o en París, con nombres extranjeros que incorporaban partículas como “Potosí”, “Huanchaca”, etc.⁵⁹

⁵⁸ Con esto se contradice a los fundadores de Bolivia, quienes aseguraron a los libertadores que cumplirían sin problemas la tarea de explotar los recursos naturales del país, con el propósito de obtener su autorización para declarar la independencia. Cfr. Luis Peñaloza, *Nueva historia económica de Bolivia – De la Independencia a los albores de la Guerra del Pacífico*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1983.

⁵⁹ Lora, *Historia del movimiento obrero*, tomo I.

Esto es importante de la concepción librecambista de los recursos naturales. Se cree que el progreso propondrá de la venta de materias primas, pero también que el país no cuenta con las condiciones para implantar y poner en marcha esta explotación, de modo que desde el principio se piensa en ella como una labor que sólo puede cumplirse con la ayuda de capitales extranjeros. Por eso uno de los requisitos cruciales es la “atracción de inversiones”. Incluso podría decirse que la noción “inversiones extranjeras y progreso” es una condensación de la fórmula “recursos por progreso”.

Hay una indudable homología entre esta idea sobre la forma de resolver las dificultades mineras y la justificación que una parte de la élite librecambista intentó dar a su política de despojo de la propiedad indígena de la tierra, como puede colegirse de la siguiente opinión, emitida en 1859 por el parlamentario melgarejista Juan Vicente Dorado:

Arrancar estos terrenos de manos del indígena ignorante y atrasado sin medios, capacidad y voluntad para cultivarlos; y pasarlos a la emprendedora, activa e inteligente raza blanca, ávida de propiedades y de fortuna, llena de ambición y de necesidades, es efectuar la conversión más saludable en el orden social y económico de Bolivia.⁶⁰

La tesis “recursos por progreso”, cuya efectiva expresión histórica fue “Bolivia tiene las riquezas, lo que necesita es capital (extranjero, manejado por la ‘activa e inteligente raza blanca’)”, predominó desde 1873 hasta los años 30 del siglo XX, cuando comenzó a desmoronarse.

⁶⁰ Citado por Luis Peñaloza, op. cit., pág. 117.

narse bajo la crítica socialista y nacionalista. Durante este tiempo, esta creencia inspiró la obra de conservadores (ya leímos una cita de Baptista) y de liberales; e incluso de la derivación “republicana” de éstos últimos, pese a que ésta ya acusaba la influencia de la izquierda.

Por eso la tesis de Baptista aparece también, aunque matizada, en el más importante de los economistas liberales, Casto Rojas. El autor de *Historia Financiera de Bolivia* escribió:

La minería seguirá siendo la base de la soberanía económica internacional de Bolivia. El estaño con sólo los minerales complejos y de baja ley, aun suponiendo que no se descubrieran nuevos yacimientos ricos, que es posible hallarlos, tiene una explotación asegurada para más de medio siglo.⁶¹

Sin embargo, a diferencia de los conservadores, los liberales eran partidarios auténticos del progreso, en todos sus aspectos, y confiaban más que los primeros en la capacidad industrial de los bolivianos (aunque, en general, sin ir más allá de los recursos naturales). Así, dice Rojas:

La nueva etapa de la minería nacional será la implantación de la industria metalúrgica. La extracción de la materia prima y su actual elaboración mecánica conducirán lógicamente a la fundición de los minerales de estaño, plata, cobre, zinc, etc. El petróleo y la electricidad realizarán esta etapa de industrialización de nuestras variadas y abundantes materias primas.⁶²

⁶¹ *Antes de que el olvido lo olvide*, Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1969, pág. 145. Rojas escribió esta frase a principios de los años cincuenta.

⁶² Loc. cit.

Además de los minerales, Rojas pensaba aprovechar también los recursos no renovables, algo que podía lograrse mediante la ocupación de las zonas orientales del país (o “marcha hacia el Este”). Y en tal caso vislumbraba un futuro manufacturero para el país:

La agricultura, la explotación forestal y la utilización de la inmensa red fluvial que tiene Bolivia en la Hilea Amazónica, constituyen los objetivos inmediatos de la evolución económica en marcha.

Estamos frente a la más sorprendente transformación del país. La minería y la agricultura amalgamadas en una nueva armonía causal, crearán la gran industria manufacturera llamada a consolidar la independencia económica de Bolivia.

El emporio de riquezas petrolíferas, agrícolas, ganaderas, forestales, etc., que encierra el oriente, el noreste y el sureste, transformará la Bolivia occidental minera en una nueva fórmula de civilización completa, que junte el altiplano con los llanos y los bosques tropicales.⁶³

Este será aproximadamente el programa de la corriente que, décadas después, retomaría la tesis librecambista bajo el rótulo de “neoliberalismo”.

La tesis librecambista (“recursos por progreso”, “atracción de capital a la explotación de materias primas”), menguó en los años cuarenta y cincuenta, tuvo una vida retorcida durante el nacionalismo militar de los sesenta y setenta, hasta la debacle del Estado minero a

⁶³ Loc. cit.

principios de los años ochenta. Entonces resurgió y se consolidó en dicha década y la siguiente.

Este resurgimiento finisecular fue al mismo tiempo, sin embargo, una sofisticación. A esa altura el pensamiento boliviano ya era reluctante a “fijar” al país como mero productor de materias primas. Por eso el neolibrecambismo de los noventa planteó tres ideas complementarias: añadir valor agregado a las exportaciones, combinar la explotación de las materias no renovables y el aprovechamiento sostenible de los recursos renovables, y vender al exterior algo más que recursos: también servicios de transporte y manufacturas.⁶⁴ Se trató de un desarrollo del planteamiento de Casto Rojas que acabamos de ver.

Pero más allá de la retórica, en cuanto al petróleo, que después del desplome de los precios de los minerales en 1985 era el recurso en que entonces se depositaban las esperanzas de reconstruir el modelo extractivista (en ese momento “sin recursos”), se propuso lo mismo de siempre: Obtener inversiones extranjeras (mediante la neutralidad estatal, la desregulación de los mercados, la “capitalización” de la petrolera estatal YPFB y la rebaja de los impuestos a la extracción) a fin de exportar más y mejor, apostando a que esa dinamización del polo exportador de *commodities* impulsaría a los capitales a “saltar” al resto de la economía, provocando el desarrollo interior.

[No podemos continuar] al margen de los flujos económicos internacionales, en especial si no logramos ser destino de las corrientes

⁶⁴ Cfr. Gobierno de Bolivia, *Plan General de Desarrollo Económico y Social: El cambio para todos*, La Paz, Ministerio de Desarrollo Sostenible y Medio Ambiente, 1994.

de inversión extranjera directa. En cambio, la apertura de la economía a la inversión externa permitirá el potenciamiento de nuestra capacidad productiva interna y hará sostenible nuestro desarrollo.⁶⁵

Sin embargo, el neolibrecambismo de fines del siglo XX tampoco logró el progreso del país mediante la atracción de inversión extranjera a la explotación de los recursos naturales. (El “salto” no se produjo). Esta nueva derrota permitió la reaparición, en el siglo XXI, de la tesis opuesta sobre los recursos.

Tesis 2. Recursos naturales por independencia económica

2.1. Primeros antecedentes

Cronológicamente, la libertad de comercio fue la primera política económica independiente de Bolivia, antecediendo a otras. Pero apenas duró un par de años. En lugar de lo que esperaban los primeros liberales, todavía identificados con el ejército “colombiano”, la apertura al mundo del país (y, en general, de Sudamérica) tuvo efectos de corto plazo verdaderamente brutales. Los productos extranjeros, mejor confeccionados y más baratos, invadieron el mercado doméstico, causando un déficit en la balanza comercial que llegó, en los primeros años, al 90 y 95 por ciento. Estas enormes importaciones se pagaban con la poca plata que seguían produciendo las minas de Occidente y con las reservas de metálico existentes.⁶⁶ Er-

⁶⁵ Op. cit., págs. 2-3

⁶⁶ Iván Ramiro Jiménez, “Abundancia y carestía: la irrupción de las importaciones y la crisis del comercio interno hacia 1830”, en *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional...*, ed. cit.

go, la liquidez de la economía se redujo drásticamente y este hecho, junto con la competencia de los bienes más sofisticados que venían del extranjero, causó la quiebra de la industria nacional.

Las correcciones proteccionistas introducidas por los sucesivos gobiernos ya desde 1826 respondieron al clamor popular, pero tuvieron escasa eficacia práctica. Pese a los altos aranceles e incluso a las prohibiciones de importación, las mercancías extranjeras seguían llegando de fuera, compradas con la plata que en cambio escaseaba para la industria local. Cuando no podían hacerlo por la vía legal, eran internadas por medio del contrabando. Y pese a los esfuerzos del Estado por monopolizar la producción de plata e impedir que saliera del país, una parte importante de ella se usaba para solventar las importaciones. Las leyes de la economía y el contrabando se mostraban más fuertes que el cerrazón inducido para proteger la industria nacional, la cual de todas formas languidecía.

En este contexto emergió una ideología que a medias expresaba la nostalgia por la Colonia, como denunciaría la historiografía liberal, y a medias constituye el antecedente más remoto del nacionalismo boliviano.

La élite librecambista trataba de fundar la nueva nación en contra de *un* solo enemigo externo, *una* sola metrópoli: España; pero su mayor deseo era entrelazar el destino del país con cualquier otra potencia europea, a fin de intercambiar “frutos naturales” por las oportunidades que ésta podía ofrecer, como la transferencia de tecnología y, sobre todo, de capitales. En cambio, los proteccionistas se ubicaban del lado del mercado interno en contra de *todas* las metrópolis (no por ellas

mismas, sino por lo que su comercio podía hacer), y exigía suspender la llegada de mercaderías que tanto daño estaba causando a la economía. No sólo reclamaban al comercio la destrucción del empleo, sino –y esto es lo más importante para nuestro tema– que succionara la plata nacional en beneficio del extranjero, repitiendo así uno de los males económicos de la Colonia.

Justamente en torno a este punto es que se produce el primer ataque intelectual contra la tesis librecambista. En el ya citado *Esbozo...* de 1830, el anónimo autor que llamamos “El Aldeano” refuta la idea de que el intercambio de plata boliviana por mercancías foráneas era un toma y daca positivo para la república, porque supuestamente abría el acceso popular a bienes modernos, muy bien realizados, y cuyo valor resultaría, al final, idéntico a la plata con que se habían adquirido, pues volverían a transformarse en ella en el momento de venderse. Enfrentándose a esta opinión, “El Aldeano” explica la diferencia entre la plata, que es un *capital* capaz de seguir generando valor, y las mercancías, que son valores ya realizados que sólo cabe consumir. Además, señala que la mayor parte del dinero que los comerciantes obtienen por la venta de sus inventarios va a parar, en último término, a manos de los productores extranjeros.

“El Aldeano” no era un neocolonialista deseoso de volver al régimen económico español. Por el contrario, era un patriota, pero proponía para los recursos naturales un destino alternativo al que pretendían darle los librecambistas; esto es, su uso en el *afianzamiento de la independencia económica de Bolivia*. Su plan era asegurar que la plata se quedara dentro del mercado inter-

no, para que sirviera como alimento de la economía doméstica, impulsara la demanda y, a través de eso, la creación y el funcionamiento de las industrias locales. Formuló así, pioneramente, la tesis nacionalista sobre los recursos naturales.

La idealización librecambista de las facultades de los recursos naturales para transformar al país, que pareció reforzarse con la aparición de una gran industria de la plata a fines del siglo XIX, se combatió también dentro de las filas liberales. Antes de tomar el poder en 1899, el Partido Liberal criticó la política exterior del oficialismo conservador, que se afanaba por dejar atrás la Guerra del Pacífico y acordar con Chile los medios más expeditos para seguir exportando plata a través de los antiguos puertos bolivianos. Contrarios a este comportamiento, los liberales se llamaron a sí mismos “reivindicacionistas” y exigieron la recuperación del enorme territorio perdido en la guerra o, en el peor de los casos, al menos una salida al mar. La integridad territorial les parecía más importante que la prosperidad de los mineros, que por cierto eran chuquisaqueños, mientras que ellos tenían su núcleo en La Paz, al norte de la región directamente involucrada en la guerra.⁶⁷

Tristán Maroff se burla de esa posición, ya que sólo tuvo validez en tanto el Partido Liberal estuvo fuera del poder.⁶⁸ Un lustro después de triunfar sobre los conser-

⁶⁷ Cfr. José Luis Roca [1979], *Fisonomía del regionalismo boliviano*, La Paz, Plural, 2a edición, 1999

⁶⁸ *La verdad socialista en Bolivia*, ed. cit.

vadores, en 1904, este partido firmó la paz con Chile perdiendo el territorio que antes pretendía “reivindicar”.

Además, los estamentos más jóvenes del liberalismo criticaron la tesis “recursos por progreso”, que era la posición oficial de su partido sobre la minería. Es el caso de quien luego sería el presidente de Bolivia, José Luis Tejada Sorzano, que hizo sus primeras armas políticas polemizando con el magnate minero José Avelino Aramayo.

Tejada Sorzano escribió en 1909: “La prosperidad de un pueblo dedicado al cultivo de la tierra es estable, mientras que la de un pueblo minero es ráfaga que pasa luego, deslumbrando a veces por su brillo, pero perdiéndose en la oscuridad más absoluta”. A lo que Aramayo respondió: “Esperemos que la minería dote al país de amplias vías de comunicación y entonces se fundarán las grandes ciudades del porvenir a orillas de los ríos del Oriente”. Y también: “Sobre todo, no se aflija el señor Tejada de que las empresas extranjeras ganen dinero en Bolivia. Cuando ellas repartan dividendos en Londres o en cualquiera de los otros grandes centros comerciales del mundo, habrá empezado la verdadera prosperidad nacional, porque nada hay que atraiga capitales como la prueba tangible de los beneficios”.⁶⁹

2.2. *Socialistas y nacionalistas*

Como ya sabemos, la apuesta liberal fue repudiar el viejo régimen colonial y lo que éste había dejado en Bolivia, que no era más que “feudalismo”, modernizándolo por medio de la exportación de recursos. Este programa implicaba una visión “dualista” de la realidad lo-

⁶⁹ Según la referencia de este intercambio que hace Maroff en *La verdad socialista en Bolivia*, págs. 21-22.

cal, que la dividía en dos partes no sólo opuestas, sino incomunicadas: dos Bolivias, una de ellas, la rural, causa del atraso de la otra, moderna, ligada a la industria extractiva. Por esta razón el gran objetivo del “progreso”, concebido como imitación de Europa, consistía en suprimir la herencia de la Colonia y extender el capitalismo a todo el espacio nacional.

En los años treinta aparece en Bolivia una nueva corriente dualista: influida por los sucesos europeos, se llama a sí misma “socialista”. Como el liberalismo, era ferviente partidaria del progreso, y por razones sólo ligeramente diferentes. (Si el positivismo liberal consideraba el progreso una consecuencia inevitable del desarrollo de la razón científica, los socialistas lo pensaban como el inevitable resultado de la superioridad de una forma productiva sobre otra. El capitalismo debía sustituir las formas previas de producción, así como, en su momento, el socialismo desplazaría al capitalismo).

Sin embargo, los socialistas fueron enemigos declarados de los liberales. Apoyados en la fuerza propagandística de la crisis de 1929, se esforzaron en demostrar que el dualismo que coincidían en diagnosticar con sus rivales (“Bolivia no ha emergido del feudalismo”, decía Maroff), no podía ser resuelto con la estrategia librecambista de “atracción de capitales”.

Ellos [los librecambistas] parten de esta tesis: “Bolivia es un país rico, poco poblado, los bolivianos son ineptos para todo trabajo, luego es preciso hacer propaganda de nuestras riquezas en el exterior y atraer capitales...”. Sin dificultad destruiremos las ilusiones de los que bostezan en las plazas públicas o de los burócratas que no conocen el país. Desde la fundación de la república el capital

extranjero ha tenido las puertas abiertas no sólo de Bolivia sino de todas las naciones sudamericanas, pero contra todas las previsiones de los funcionarios, jamás llegó a nuestro país sino en la forma de empréstitos, pidiendo concesiones y sometiéndonos a su dominio. Cuando descubrió materias primas inmediatamente hizo su aparición. Para comprobar esto, suficiente leer la historia económica de Bolivia. El honrado patriota puede escandalizarse por la cantidad de latrocinios, pillerías, combinaciones financieras y chanchullos que se han realizado a costa de nuestra lamentable ingenuidad... Todo el mundo se aprovechó de Bolivia menos los bolivianos. El país fue explotado y liquidado en grande y en pequeña escala. Y lo más curioso es que este “preciado capital extranjero”, tan reclamado y solicitado por la ignorancia de los periodistas del altiplano, no llegó nunca a nuestro suelo a crear industrias, fundar sociedades comerciales y variar nuestra estructura económica. Estamos tan atrasados como antes y tan pobres o peor que antes... Los capitales no vienen a Bolivia sino que más bien fluyen de su suelo, para fomentar la prosperidad de regiones extrañas.⁷⁰

En otras palabras, como mostró la experiencia española en América, la abundancia natural sólo trae “prosperidad de enclave”, es decir, crea un espacio económico dinámico (el de Potosí, por ejemplo) que no logra ampliarse hacia el resto de la sociedad, porque —como Gabriel René Moreno denunció en su tiempo— las inversiones del “capitalismo de aventura” se agotan allí donde comienzan: en el propio recurso. No superan, sino que perpetúan la condición dual de una sociedad.

Pero Maroff, que reconoce que la dedicación a los minerales imposibilita un desarrollo de largo aliento,

⁷⁰ *La verdad socialista en Bolivia*, ed. cit., págs. 36-37.

no responsabiliza de ello a la naturaleza extractiva de la industria minera, sino a la casta de propietarios, saqueadores de la riqueza existente y, según diría años después el nacionalista Carlos Montenegro, al “comedimiento con que se sacrifican al lucro del extranjero las reservas nutricias de la comunidad”.⁷¹

Montenegro escribió un libro que se considera el texto clásico de su posición política, *Nacionalismo y coloniaje*. Allí explica el *comportamiento saqueador* de la élite con la hipótesis de una determinada psicología de clase, una suerte de tara enraizada en el “subsuelo de los conflictos psicológicos”, que denomina “antibolivianismo”:

Bien se entiende que la autodenigración del país equivale a una invitación, cuando no a un llamado de lo extranjero. En esa autodenigración toman pie, efectivamente, las pretensiones de suplantar de un modo u otro la estructura existencial de Bolivia. Desde el potente interés económico de la plutocracia internacional, hasta el ridículo e inferiorizante afán imitativo de las ideologías universalistas, fundan sus empeños de dominar Bolivia en el hecho de que Bolivia, a juicio del antibolivianismo, es vitalmente incapaz de afirmar su existencia en sí misma y por sí misma.⁷²

Por obra de esta élite cosmopolita, añade Maroff, el “Estado es una sombra de Estado paralítico, sin influencia social y sin organización... en todos los tiempos ha estado compuesto de los mismos señores feudales, los cuales desde el poder favorecían el florecimien-

⁷¹ Carlos Montenegro [1943], *Nacionalismo y coloniaje*, La Paz, Juventud, 1984, pág. 17

⁷² Loc. cit.

to de sus propias fortunas privadas, individualistas, rapaces y sin importarles la suerte de Bolivia, ni el bienestar general ni el engrandecimiento de la nación”.⁷³

La solución está, entonces, en que *sean los propios bolivianos los que dominen al país y, en primer lugar, sus recursos naturales*. Por eso Montenegro elogia al presidente decimonónico Agustín Morales, quien expresó el deseo de “utilizar todo lo que tenemos en nuestro suelo tan privilegiado por la Naturaleza”.⁷⁴ Según *Nacionalismo y coloniaje*, lo valioso de esta posición está en que:

El gobernante no ofrece las riquezas nacionales a la explotación extranjera. Auspicia más bien el aprovechamiento *exclusivamente boliviano* de ellas. “Demos a la Patria otra vida y otro porvenir”, expresa en palabras limpias de tizne antinacional. Ellas preanuncian casi la autonomización económica del Estado.⁷⁵

Así la tesis sobre las riquezas naturales que apenas había sido esbozada en el siglo XIX queda expresada, con todas sus letras: La utilización de éstos para lograr la independencia económica de Bolivia. Por supuesto, esto no quiere decir que los librecambistas no se hubieran planteado este objetivo. La diferencia está en que en este caso se confiere a este propósito común una orientación autocentrada y contraria a lo extranjero: nacionalista, por tanto. No sólo hay que progresar, sino que hay que hacerlo sin injerencia europea o estadounidense, es decir, independientemente de las potencias mundiales y

⁷³ Op. cit., págs. 26-27

⁷⁴ Citado por Montenegro, pág. 154.

⁷⁵ Loc. cit. Las cursivas son nuestras.

sus inversiones. Por tanto, es necesario impedir la defección de la “feudal-burguesía” ante el capital foráneo con el cual se ha aliado –y al que no le interesa el progreso, sino el lucro–. Y esto sólo se podía lograr expropiándola. La explotación de las riquezas naturales debía pasar a manos del Estado.

La nacionalización de las minas sería el primer paso en la independencia de Bolivia, su potencialidad como nación, su fuerza como Estado y su desarrollo industrial a corto plazo en beneficio nuestro.⁷⁶

A continuación, este Estado –que Maroff llamaba “socialista”, en un sentido muy lato– debía ocuparse de la tarea burguesa de superar el atraso feudal del país. Segundo movimiento, entonces: la industrialización agrícola.

Por el instante, al imperialismo, representado por el capital financiero, no le interesa otra cosa en Bolivia que el estaño y el petróleo. La agricultura puede vivir otro siglo en su estado rudimentario. Pero cuando el Estado socialista tome por su cuenta la resolución del problema minero no podrá olvidarse igualmente de la industrialización de la agricultura.⁷⁷

No otro sería el programa que, años después (en 1952), impondría la Revolución Nacional. La dirección de ésta no estaría, por varias razones, en manos de Maroff ni de los socialistas. Sí de los hombres de Montenegro.

⁷⁶ *La verdad socialista en Bolivia*, pág. 33.

⁷⁷ Op. cit., pág. 32.

La Revolución Nacional eliminó a la oligarquía del estaño, tal como se suponía que era necesario (según hemos visto), y se enfocó de inmediato en la creación (o fortalecimiento) de una nueva burguesía; una burguesía boliviana en cuerpo y espíritu, que no quisiera saquear los recursos y que trabajara por el progreso integral del país; una burguesía que poseyera otros intereses además de los extractivistas y se dedicara a tareas industrializadoras como la sustitución de importaciones y la revolución agrícola. En suma, que superara el dualismo.

No obstante, los revolucionarios aún esperaban que la principal fuente del desarrollo económico fuera la administración estatal de la minería, con cuyos excedentes alimentarían a esta nueva burguesía nacionalista.

Escuchemos un discurso pronunciado por el líder de la Revolución, Víctor Paz Estenssoro, el 13 de febrero de 1953, sólo un año después de la toma del poder:

La burguesía en Bolivia fue ciega, idiota. Digo así porque es incomprendible que se aliara con el imperialismo...; pero no podemos quedarnos mirando el pasado, como la mujer de Lot que se convirtió en estatua de sal. La burguesía, sin embargo, abrió los ojos después y ahora su interés es la Revolución Nacional, porque se beneficiará con las divisas para el desarrollo industrial, porque habrá mayor cantidad de fábricas. Por otra parte, la reforma agraria hará que los indios formen parte de la actividad económicas y los consumidores no serán 50 mil sino tres o cuatro millones; entonces esos nuestros ex contrarios, los burgueses, tienen que aliarse con nosotros en contra del imperialismo y del latifundismo feudal.⁷⁸

⁷⁸ “Discurso inaugural de Víctor Paz en la VI Convención del MNR”, en Juan Luis Hernández y Ariel Salcito (comp.), *La revolución boliviana – Documentos fundamentales*, Buenos Aires, Newen Mapu, 2007, pág. 98.

Ahora bien, ¿podía actuar de forma progresista una burguesía que debía nacer del costado del Estado, y nutrirse con los beneficios de los recursos naturales? Era muy difícil. La clase que no surge de la ambición propia ni de la competencia interna o de la lucha contra la adversidad, sino del designio político, no está destinada a grandes cosas. Por eso, en las décadas siguientes, los burgueses movimientistas prefirieron seguir gozando de las rentas del Estado extractivista que los amantaba, antes que arriesgar sus fortunas acumuladas con éxito y prisa en negocios que de veras cimentaran la independencia económica nacional.

Igual que siglos antes a los mineros potosinos, la lógica económica empujó a la burguesía nacionalista a ello.

De este modo, los hombres llamados a salvar el tesoro boliviano de la ambición de la “rosca minero-feudal” y el imperialismo, se convirtieron ellos mismos en “saqueadores”, aunque esta vez de las rentas que los recursos naturales proporcionaban al Estado, y que éste distribuía entre la “burguesía nacional” con la esperanza de lograr, esta vez sí, el deseado y elusivo *progreso*.

Emergió así un modelo de acumulación en el que el Estado *mediaba* entre la producción de excedentes y la apropiación de éstos por parte de las clases privilegiadas. Fue conveniente que este régimen recibiera el nombre de “capitalismo de Estado”, ya que esta expresión, sin lo pensamos un poco, es equivalente a “capitalismo político”.

2.3. *Los dependentistas*

En los años sesenta el esquema “tesoro amenazado por un grupo de saqueadores” comenzó a usarse contra la propia Revolución Nacional (mostrando su flexibilidad para adaptarse a las circunstancias). Sergio Almaraz y René Zavaleta, entre otros intelectuales nacionalistas, se preguntaron cómo era que la estatización de la extracción de minerales, que habían considerado una panacea para el país, no había traído sin embargo el ansiado progreso, para ellos cifrado en la industrialización de la economía y, particularmente, en la creación de una poderosa metalurgia.⁷⁹ Comenzaron entonces a sospechar de la existencia de una nueva conspiración: Si antes la feudal-burguesía había traicionado a la patria, ahora lo hacía la clase media encargada de la Revolución, poniéndose también al servicio de los intereses imperialistas y expoliadores.

Almaraz murió antes de poder desarrollar esta hipótesis. Zavaleta y una buena parte de la izquierda, sacudidos además por la Revolución Cubana, se radicalizaron.

Simultáneamente, el auge estructuralista de los 60 dispuso la imagen teórica de una América Latina dual, dividida en una mitad feudal y otra capitalista. Los autores latinoamericanos empezaron a sostener que el atraso de una parte de la región no era la negación, sino el efecto del desarrollo de la otra; que el todo determinaba a los elementos y no al revés; y, en consecuencia, el sistema tenía un carácter general capitalista, aunque incorporara las áreas premodernas que aún perduraban. Así surgió una nueva ideología latinoamericana, con la etiqueta de “teoría de la dependencia”.

⁷⁹ Cfr. René Zavaleta, op. cit., y Sergio Almaraz, *El poder y la caída*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1967.

Ahora bien, para los intelectuales bolivianos esto no sólo tuvo una importancia teórica, sino también estratégica. Determinaba el objetivo político, así como las clases en las que podía confiarse para lograr la transformación social. Adquirió nueva vigencia el razonamiento leninista sobre la necesidad de un *gobierno obrero-campesino*, ya que no era posible confiar las tareas del desarrollo a la burguesía ni a la pequeña burguesía.⁸⁰

El enemigo dejó de ser el feudalismo, que antes se pensaba vencer con más capitalismo; en cambio, comenzó a ser el capitalismo mismo. Así que el programa de la izquierda debía ir más allá del estatismo y la “recreación de la burguesía” que habían constituido su objetivo hasta ese momento, y debía adoptar una orientación explícitamente socialista.

Sin embargo, algunos grupos partieron del dependentismo para plantear, más moderadamente, la restauración del proyecto nacionalista revolucionario traicionado. Estos grupos realizaron una intensa actividad bajo el título de “izquierda nacional”.

Curiosamente, y en forma muy aleccionadora para nosotros, el radicalismo político no protegió a los dependentistas de la fe en los recursos naturales. Si hubiera triunfado, el suyo habría sido un “socialismo basado en los recursos naturales”. Es decir, en los recursos naturales como medio de liberación nacional. Esta corriente supuso que sólo la estatización absoluta de la riqueza na-

⁸⁰ Ésta era, palabras más o menos, la tesis que el trotskista Guillermo Lora había estado repitiendo desde hacía tres décadas, pero si la izquierda llegó a un punto similar a la “revolución permanente” preconizada por Lora, no fue por el camino de la conversión al trotskismo, sino por la frecuentación de la ciencia social europea del momento (el estructuralismo).

cional podía acabar con la posibilidad de que una clase advenediza se aprovechara nuevamente de ella, como había ocurrido durante la etapa revolucionaria.

El desplazamiento de los años sesenta y setenta trajo cambios en la teoría social que reclaman nuestra atención. Ciertos elementos de la crítica nacionalista al librecomercio de los recursos fueron desarrollados y complejizados. Se denunció una nueva forma de saqueo, en la que la propiedad dejaba de ser crucial, puesto que en muchos casos ya se hallaba en manos del Estado, sin resultados, y el problema era la naturaleza, *en sí misma empobrecedora*, de la producción de materias primas. Ya vimos que el joven Tejada Sorzano prefería la actividad agrícola a la minera, porque ésta última sólo encendía fuegos fatuos. Pues bien, los dependentistas crearon una teoría, basada en los “términos de intercambio”, para demostrar la inferioridad de toda actividad extractiva respecto a cualquier tarea de transformación industrial. Llegaron a la conclusión de que la hemorragia de la riqueza latinoamericana no tendría fin, pese a las nacionalizaciones, mientras América Latina produjera bienes naturales y el primer mundo bienes industriales. Sostuvieron (el todo determina a las partes) la existencia de fuerzas internacionales interesadas en conservar la “división del trabajo” entre metrópolis industriales y periferias extractivistas. Y así concluyeron que: o se contrarrestaba estas fuerzas mediante un antiimperialismo contundente, o se condenaba a los países subdesarrollados a perpetuar la relación de explotación metrópoli-periferia.

Citemos, a manera de ejemplo, el pensamiento de Marcelo Quiroga Santa Cruz, que nos interesa especial-

mente porque su irrupción en el escenario político, a fines de los sesenta, corresponde a la transición entre dos fases extractivistas de la historia nacional: la dedicada al estaño y la petrolera, que continúa hasta estos días:

Hace ya mucho tiempo que los países coloniales tomaron conciencia de la relación inequitativa de los términos de intercambio comercial con los países industriales. Tampoco son recientes los esfuerzos, hasta hoy infructuosos, por rectificar esta relación depauperadora, determinada por la función de meros productores de materias primas que la división internacional del trabajo asignó a nuestros pueblos cuando, bajo el régimen colonial, se insertaron en la economía mundial...

Ya sabemos que el término invariable de este forcejeo fue la aceptación complacida de una receta que agudizaría la postración económica y la subordinación política: la apertura irrestricta de nuestros recursos naturales a su explotación por el capitalismo monopólico extranjero...

Es verdad que de cuando en cuando el paso fugaz de una expresión popular por el poder político de los países dependientes hizo posible la nacionalización de algunos enclaves imperialistas en la explotación de nuestros recursos mineros y petroleros. Pero no es menos cierto que, en la mayor parte de los casos, estos actos excepcionales de dignidad nacional, esos ejercicios atrevidos de una soberanía intermitente, fueron, por aislados, efímeros y reducidos a la fase de menor rentabilidad relativa –la extractiva–, débiles golpes que la metrópoli absorbía sin conmoverse. ¿Para qué impacientarse si el yacimiento perdido en un país le sería rápidamente compensado en otro...? Sin contar, desde luego, con que mientras ocurriera todo esto la metrópoli seguiría controlando el transporte, la fundición o refinación y la comercialización internacional de esa riqueza revertida al dominio de un Estado que se muestra ca-

paz de librarse de una empresa imperialista, pero todavía no del imperialismo mismo.⁸¹

Como se sabe, los socialistas de los sesenta y setenta no pudieron “librarse del imperialismo”. Por el contrario, su intento de radicalización de la política nacionalista terminó en una catástrofe: fueron vencidos militarmente por una versión cesarista del nacionalismo, encarnada en gobiernos de las Fuerzas Armadas, la cual mantuvo el control estatal de los recursos e hizo más descarado el apoyo a la “burguesía nacional” formada por los acólitos del régimen.

2.4. *Los endogenistas*

Hasta ahora hemos estudiado dos versiones de la tesis nacionalista (“recursos para la modernización soberana de Bolivia”). Ninguna de ellas rompe con el objetivo del “progreso”; tan sólo aspiran a darle un determinado sesgo, a fin de independizar al país de las inversiones y decisiones extranjeras. Son, siempre, *desarrollistas*.

Ahora bien, estas tendencias no agotan el espectro nacionalista. Hay otra corriente más, la cual rechaza la explotación de los recursos, pero no sólo porque hasta ese momento ésta se haya dado en beneficio foráneo, sino porque quiere que la nación los *atesore para el futuro*. Esta corriente defiende la necesidad de *reservar* los recursos naturales bolivianos hasta que el país cuente con las condiciones para emplearlos en su propia industrialización. Es la única ala del

⁸¹ *Oleocracia o patria*, México, Siglo XXI, 1982.

nacionalismo que no está tentada por la modernidad. Por eso la llamaremos “endogenista”.

Se trata de una actitud lógicamente anticipable pero que, por diversas razones, se ha dado poco en la práctica. La lucha contra el saqueo concita poca energía si no está secretamente impulsada por el deseo de saquear a la vez. De modo que hemos observado pocas expresiones históricas endogenistas de cierta importancia. Un autor asociado a ellas es Andrés Soliz Rada.⁸² Su prédica tuvo resonancia en dos coyunturas contrarias al libre cambio: una, a fines de los años setenta, como parte de la oposición de la izquierda al proyecto del dictador Hugo Banzer de vender gas boliviano al Brasil; y otra en 2003, durante el alzamiento popular contra el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, quien no solamente había ejecutado la venta de gas al Brasil, sino que además quería exportar LNG a los Estados Unidos. En ambos casos, el pensamiento de Soliz fue útil para el resto de la izquierda porque el gobierno de ese momento era un enemigo declarado y se trataba de evitar a toda costa que recogiera los beneficios de esas gigantescas operaciones energéticas. Pero la principal ideología contestataria nunca fue reservar, sino, como hemos visto, aprovechar los recursos, pero de forma soberana.

De ahí el abrupto final de la carrera política de Soliz a fines de 2006, cuando se desempeñaba como ministro de Hidrocarburos del gobierno de Evo Morales. Soliz fue exonerado porque quería prescindir de las petroleras transnacionales que actuaban en el país —un acto que hubiera detenido la industria por completo y, en tal

⁸² Los principales libros de Soliz sobre esta materia son: *Gas: liberación y dependencia* y *El gas en el destino nacional*.

caso, habría arruinado la maquinaria generadora de las rentas de las que vive el Estado y, por su intermedio, el país—. Pocas semanas después de despedir a su Ministro, Morales firmó contratos de operación con varias empresas, asegurando la continuación del flujo de materias primas sin valor agregado hacia el extranjero, pero prometiendo que, esta vez sí, sería por el progreso y la independencia del país.

Otra expresión histórica de la concepción endogenista sobre los recursos naturales es, claro, el indianismo, que plantea que los recursos naturales sean “exclusivamente aprovechados” por los pueblos indígenas en cuyas comarcas se ubican los yacimientos o las plantaciones.⁸³ Pero este discurso no siempre busca la conservación del potencial natural, sino disputar las rentas que están en juego. Por eso suele olvidarse tan pronto como se da algún tipo de acuerdo entre las organizaciones indígenas y las empresas interesadas en aprovechar los recursos.

⁸³ Arzáns registra un antecedente de este planteamiento. Cuenta el escritor dieciochesco que los primeros trabajos de establecimiento del campamento minero de Potosí, en los que, como de costumbre, se abusaba de los indios, dieron lugar a la sublevación de dos mil de ellos, dirigidos por el “Capitán Chaqui Catari (Pie de Víbora)” quien, intimado a la rendición por los españoles, supuestamente les dijo: “Decid a esos enemigos nuestros, ladrones de oro y plata, sin palabra, que si hubiéramos sabido que era gente sin piedad y que no cumplen sus tratos, desde que supimos que estaban en el Perú les hubiéramos hecho la guerra y echándolos de ahí no les permitiéramos entrar donde estábamos ni sacar la plata de Potosí, decidles que por entender que siendo Viracochas eran buenos y de mejores costumbres que nosotros, por eso les servimos aquel poco tiempo, y todos ellos nos prometieron vivir juntos y gozar de la plata del Cerro; pero ya sabemos que es gente que no sabe cumplir lo que promete, y decidles que al mal hombre Gualca [el indio descubridor del Cerro] lo ha de castigar el gran Pachacamac, porque les ha descubierto el Potosí, que ninguno de nosotros ni nuestros Ingas se lo dio, y que si quieren paz que se vayan de aquí, y que nos entreguen a Gualca para castigarlo en nombre de Pachacamac por haber faltado a la orden que nos dio a todos de que no sacásemos la plata del Cerro” (Op. cit, pág 99).

El indianismo también exige a las grandes explotaciones el “consultar” con los indígenas las decisiones clave, bajo el supuesto de que ellos son propietarios especiales –en mayor grado que el resto de los bolivianos– de los recursos. Una vez más, tampoco en este caso se quiere detener *sine die* la industria extractiva, sino obligarla a distribuir parte de las utilidades entre los lugareños.

El “endogenismo” logró cierta significación por lo menos teórica al comienzo del gobierno de Evo Morales, que lo incorporó a su retórica. Sin embargo, el planteamiento real del evismo en el campo de los recursos naturales es el nacionalista desarrollista y por eso, pocos años después de haber “usado” revindicaciones como la consulta indígena en contra de los librecambistas, él mismo no la respeta y la considera una rémora para el potenciamiento de la industria extractiva nacional.

Tesis 3. Los recursos naturales como una maldición

La economía extractivista está basada en lo extraordinario y en lo efímero. No es extraño, entonces, que genere una conciencia angustiada por su fin. En el discurso del Capitán Chaqui Katari citado por Arzáns,⁸⁴ podemos observar *ex ovo* la concepción de los recursos como un don de la providencia, un regalo “sagrado”. Pero lo sagrado no sólo tiene un carácter positivo. Su significación es ambigua: también implica prohibición, un estatus separado, singular, que por trascender el mundo ordinario debe respetarse. De ahí que cuando los recursos sagrados se agotan sobreviene un sentimiento de culpa. Lo que se

⁸⁴ Véase la nota anterior.

nos dio, se nos quita... ¿por qué? ¿Por qué se acaba el mineral del Cerro? La convicción de Arzáns y otros autores del período colonial era la siguiente: la codicia de los mineros, que los llevaba a disputar constantemente por la plata, desagradaba a Dios y entonces, en castigo, desaparecían las vetas y se adulteraba la ley de la plata:

Por lo cual se atribuyó [la depresión minera de mediados del siglo XVI] solamente a que Dios N. S. quiso quitarles la riqueza que les había dado, porque usaban tan mal aquel beneficio, que no fue nuevo en los hombres pagar a Dios con ofensas, piedades que con ellos siempre ha usado. Dn. Antonio Acosta, Dn. Juan Pasquier y el Capitán Pedro Méndez, refiriendo los sucesos deste año 1558, dicen igualmente que, siendo tantas las culpas de los moradores de Potosí, irritaron a la Divina Justicia de modo que le obligaron a que les quitase el instrumento que les era ocasión y motivo de mostrarse desleales e ingratos para con su Divina Majestad.⁸⁵

Con la comprensión de la *intermitencia* del recurso aparece el sentimiento de que éste puede ser, también, un “instrumento” de infortunio. Resulta fácil encontrar rastros de este estado de ánimo a todo lo largo de la historia, en especial al final de cada ciclo extractivista. Pero no ha habido una teoría sistemática hasta nuestros días. Probablemente la causa de este rezago sea la inconveniencia política de dicha teoría. Si bien es posible plantear –como hace Quiroga Santa Cruz en los años setenta– que “los recursos naturales no renovables son el pan de hoy y el hambre de mañana”,⁸⁶ pasar de este diagnóstico a una propuesta política que

⁸⁵ Op. cit., pág. 242.

⁸⁶ Op. cit., pág. 1.

abandone o relativice los recursos constituye un salto muy difícil para quien, al mismo tiempo, necesita atraer y seducir a una población acostumbrada al rentismo. Por eso, pese a su análisis, Quiroga Santa Cruz fue, como hemos visto, un dependentista.

Al igual que él, hasta ahora la izquierda ha denunciado los resultados devastadores de vivir de las materias primas, pero al final ha vuelto a caer bajo el hechizo de este estilo de vida (el endogenismo siempre minoritario).

Aquí hagamos una referencia a la más célebre expresión literaria –también en Bolivia– de la creencia en el “tesoro saqueado” descrita en el primer capítulo de este libro. Se trata de *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano. En este libro es posible observar esta incoherencia entre la crítica y la práctica. Al comenzar, la obra asegura que para los españoles los recursos fueron una fuente de innumerables desdichas. El dominio de las ingentes riquezas americanas, pese a lo que podía pensarse, no trajo prosperidad a la Península Ibérica, sino todo lo contrario: al final del ciclo colonial, España y Portugal se ubicaban entre los países más pobres y débiles de Europa. Lo mismo pasó con los países americanos que cometieron el error de transformar sus respectivos recursos en una “vocación” –es decir, en un horizonte insuperable– y terminaron con dichos recursos amarrados al cuello y hundiéndose.

Pero después Galeano no saca las conclusiones necesarias de lo que dice y el lugar de eso se suma a la causa de la restauración del tesoro a sus dueños originales por medio del Estado; una acción que, en su opinión, es la panacea del desarrollo soberano.

Galeano primero se lamenta de que los recursos se hubieran convertido “en una vocación y un destino”, y luego, como la izquierda en general, en lugar de proponer la ruptura de este círculo encantado sugiere repetirlo en beneficio propio. (Así termina apoyando el plan de Fidel Castro de convertir a Cuba en una monstruosa explotación azucarera; un plan que, como sabemos ahora, causó la ruina de la economía cubana).

La tesis sobre la “maldición de los recursos naturales” encontró un mejor caldo de cultivo en el ámbito liberal, cuando éste se hallaba “descontaminado” del positivismo (pues éste condenaba a los países atrasados a la condición de simples productores de materias primas).

Y es que hay una importancia diferencia entre el liberalismo positivista o librecambismo extractivista, que campeó en Bolivia y otros países latinoamericanos a principios y fines del siglo XX, y un liberalismo más moderno y crítico, que postula consecuentemente la idea de la riqueza como un *proceso abierto*.

Una expresión de este liberalismo la aporta Guillermo Francovich, quien en 1968 declaró lo siguiente:

No son revoluciones lo que hace falta en Bolivia, sino crear trabajo, crear fuentes de producción, estimular el crecimiento de capitales, educar, dar oportunidades para que los jóvenes no tengan que cruzarse de brazos o emigrar al extranjero como lo vienen haciendo en proporciones cada vez más alarmantes...

Las deficiencias del país no pueden ser corregidas por la violencia. No hay fórmulas mágicas. No hay decretos milagrosos. No se puede tener nada si no se produce. *No se le puede pedir al Estado lo que no se le da. El bienestar de los pueblos se hace a base de perseverante esfuerzo de los mismos.* La política no debe ser una aventura. Es el arte de armonizar los propósitos con las posibilidades reales. *Y las posibilidades sólo crecen con el trabajo, el estudio y la cooperación de todos.*⁸⁷

Esta tesis ha encontrado su expresión más elaborada en nuestra época. No es casual. Ya hemos vivido una década del último ciclo extractivista del país, el ciclo del gas, y se sabe lo que este recurso puede dar de sí: conflicto social, el derrumbe de la institucionalidad construida en los años noventa –gracias a que, por suerte, entonces no hubo recursos que disputar– y el resurgimiento de la estadolatría, es decir, del hábito de *pedirle al Estado lo que no se le da*. Y es que las posibilidades no aumentan con los recursos; éstas “sólo crecen con el trabajo, el estudio y la cooperación de todos”, como decía Franco-vich. Los recursos, en cambio, nos meten de cabeza, una y otra vez, en “la trampa del rentismo”.

Roberto Laserna ha llegado a formular su teoría sobre el rentismo a través del estudio del conflicto social. Luego de varios trabajos sobre este asunto, ha encontrado que la riqueza que no es sostenible y de cuya percepción futura no se tiene certeza –justamente como la generada por los recursos naturales– constituye un poderoso aliciente para el estallido de conflictos, porque los

⁸⁷ Entrevista concedida a El Diario en 1968, incluida en *Los papeles de José Ramón y otros diálogos*, La Paz, Juventud, 1983. Las cursivas son nuestras.

grupos sociales procuran apropiarse de ella, directa o indirectamente, antes que los demás lo hagan y de que se acabe. En *Conflicto social y crecimiento económico en Bolivia* descubre una relación estadística positiva entre un ingreso generado no por un aumento de la productividad, sino por la escasez de un bien –y que por tanto constituye “renta” o, como dice el documento, “ganancia de comercio”– y el incremento de los conflictos a lo largo de los últimos 38 años de la historia boliviana.

La “ganancia de comercio” se debe al aumento de las entradas por exportaciones de materias primas, que a su vez puede originarse en algún descubrimiento natural o a una mejoría en los términos de intercambio.

En cambio, el crecimiento económico que se basa en la inversión y la productividad no genera más conflictos. Como ya se ha demostrado mil veces, la teoría de Marx sobre la industrialización empobrecedora (es decir, el pronóstico de *El Capital* de que una economía más desarrollada necesariamente habrá de volver más pobres a los obreros industriales) es falsa. Laserna et al. proporcionan una prueba más: su estudio muestra que tampoco en Bolivia la expansión industrial tiende a aumentar los conflictos como esperaría quien repitiera acríticamente a Marx. En cambio, cuando el país obtiene “ganancias de comercio”, es decir, rentas, los conflictos se multiplican, repitiendo el fenómeno que se da en las familias que reciben una herencia de cierta importancia: la nueva riqueza pone a sus miembros a pelear entre sí.

Según el texto que mencionamos, los conflictos sociales impiden crecer a Bolivia en por lo menos uno por ciento del PIB cada año. Y éste es un cálculo conservador. Además, la conflictividad no es, ni mucho menos,

la única consecuencia negativa de la “maldición de los recursos naturales”.

El rentismo está construido sobre la mistificación y la absolutización de los recursos naturales, que sustituyen así, en la práctica y en la imaginación, a la capacidad creativa y competitiva de los individuos y de las organizaciones. La riqueza del país en minerales, petróleo y recursos “pseudo renovables”⁸⁸ no sólo nunca ha generado un desarrollo sostenible, sino que nunca lo provocará. En lugar de eso, convierte a la sociedad en una colectividad organizada para vivir, de una forma u otra, de las rentas extractivas.

En esta sociedad el Estado actúa como un proveedor, un paterfamilias que reparte sus ingresos entre todos los hijos. Laserna⁸⁹ muestra que este proceso tiene dos consecuencias negativas: a) no resuelve, sino que promueve el conflicto entre grupos corporativos interesados en orientar la redistribución a favor suyo y b) socava la institucionalidad del Estado. Contra lo que podría creerse, el Estado rentista es un alcázar con muros de cartón, ya que sólo así es factible que los grupos de interés lo presionen y “perforen” continuamente. Al mismo tiempo, su papel de mediación entre la producción y la repartición del excedente ocasiona su degradación moral y política (corrupción, favoritismo, empleomanía, etc.) Y, cerrando el círculo, la debilidad estatal sabotea la dinámica económica.

Los grupos de la parte moderna de la economía reciben directamente los beneficios de los recursos natu-

⁸⁸ Como el caucho, la castaña y las maderas tropicales, que en realidad “funcionan” como recursos no renovables.

⁸⁹ *La trampa del rentismo*, ed. cit.

rales y por eso normalmente se hallan interesados en que las empresas extranjeras inviertan en la industria extractiva, dado que son muy pobres para hacerlo por su cuenta (tesis “recursos para progreso”). La gran base atrasada del país se beneficia de estas rentas por medio del Estado, es decir, de una actividad política orientada a la distribución de los excedentes producidos por los enclaves extractivos (tesis “recursos por independencia económica”).

Aparecen así dos fuerzas completamente opuestas. Por un lado, una fuerza *centrífuga*, que se aprovecha de los excedentes y los exporta a los mercados extranjeros; y por el otro, una fuerza *centrípeta* que trata de beneficiarse de esta misma riqueza mediante toda clase de iniciativas redistribuidoras, la mayoría de las cuales tiene como sujeto al Estado. Como es lógico, ambas fuerzas tienden a neutralizarse mutuamente.⁹⁰ Su oposición y falta de armonía son una causa del atraso de Bolivia, y una de las razones de su enorme conflictividad.

Como puede suponerse, semejante tensión tiene a la nación suspendida en el vacío, sin movimiento. Un país embebido en la lucha por el único excedente que produce es un país *quemado*, agotado para el esfuerzo que requiere el emprendimiento y la innovación; un país que, como se deriva naturalmente de su ansiedad por redistribuir, vive y muere por la política y, en cambio, es ajeno al resto de las actividades humanas, sobre todo las productivas.

⁹⁰ Esto se expresa en la inclinación de los de abajo a inviabilizar las iniciativas económicas de los de arriba, a fin de impedir que el excedente “se gaste”. Como éste proviene de los recursos naturales, no es una riqueza abierta sino una suerte de “tesoro” que cabe repartir, pero no multiplicar.

Frente a ello, Laserna propone algo que aparentemente resulta contradictorio: el reparto directo de las rentas del gas.⁹¹ Su argumentación para hacerlo es la siguiente:

- a) El progreso de Bolivia será un espejismo mientras la mayoría de los bolivianos –entre el 70 y el 90 por ciento de ellos– no tenga ninguna capacidad de consumo, no forme parte del mercado interno y carezca por tanto de lo más elemental, quedando apartada del ejercicio de los derechos políticos. En tales condiciones, ninguna actividad económica que no esté basada en los recursos naturales podrá prosperar.
- b) Pero es justamente la dependencia de los recursos naturales la que profundiza nuestra pobreza, ya que no es capaz de generar empleos dignos para todos. En una economía basada en los recursos naturales, únicamente un delgado segmento prospera, mientras la mayoría está condenada a envidiar el bienestar ajeno y a enfurecerse. El resultado es el que podría esperarse: una tormenta de conflictos de toda clase que perjudica a todos y, en primer lugar, a los escasos emprendimientos productivos que logran sobrevivir.
- c) Sin embargo, es posible vencer la maldición de los recursos naturales antes de que éstos se agoten naturalmente. La propuesta es sacar al Estado y las burocracias de la mediación entre los recursos y la gente, de modo que la riqueza no beneficie solamente a los encargados de administrarla y a los grupos sociales con capacidad de presión política.
- d) Ya que no es posible ignorar que las rentas existen, hay que tratar de garantizar que sirvan efectivamen-

⁹¹ *Riqueza nacional para la ciudadanía*, ed. cit.

te a los ciudadanos corrientes, a quienes nada tienen que ver con la administración del recurso ni forman parte de los grupos que, al movilizarse, pueden influir sobre su destino.

- e) Si de veras se quiere que el dinero del gas ayude a la gente, como señalan los estadistas, ¿por qué, entonces, no darle directamente ese dinero a la gente? ¿Por qué no repartir los ingresos que recibirá el país de su industria petrolera de modo que los ciudadanos dejen de depender de los poderosos de turno, de los burócratas, de los charlatanes que agitan ilusiones ante las grandes mayorías, pero que todo lo hacen en su propio beneficio?
- f) De esta manera, la riqueza del gas quedaría fuera del alcance de la corrupción y no sería materia de reparto discrecional. Además, con la distribución directa de la renta del gas, cada boliviano obtendría suficiente dinero para cambiar su vida y transformar, al mismo tiempo, la vida del país. Emergería un mercado interno que justificaría la creación de una industria nacional. Por fin los ciudadanos serían libres; liberados de la política, de la inevitable necesidad de organizarse para participar una y otra vez de las batallas contra el Estado; liberados del sueño inútil de salvarse mediante una “pega” en una empresa estatal, sueño que casi nunca se convierte en realidad. Se convertirían en *rentistas con autonomía* y financiarían al Estado a través del pago de impuestos, por lo que por primera vez tendrían un interés concreto en que éste funcione razonablemente bien. El Estado ya no dependería de las rentas, sino de su propio desempeño en beneficio de la ciudadanía.

III. CREENCIAS POR ANTECEDENTES

Pongámonos por un momento en la situación de un habitante actual de alguno de los municipios más deprimidos del país. Su primer problema es el alimento. Un estudio de nutrición⁹² muestra que sólo el 30 por ciento de los hogares rurales de las zonas más pobres del país posee seguridad alimentaria, es decir, consume la cantidad suficiente de nutrientes. La más básica de las necesidades humanas, entonces, es todavía la más importante en el campo boliviano. Ahora bien, el mismo estudio señala que la mejor fuente de alimentación a la que los campesinos pueden recurrir no es la producción propia, como podría suponerse, sino la compra de alimentos elaborados en las ciudades. Se trata especialmente de arroz, fideos, aceite y de algunos productos proteínicos como huevos, pollo y sardinas. Estos alimentos son hoy muy importantes en la dieta de los campesinos, lo que les exige dos cosas: a) vincularse con el mercado, con todo lo que esto implica, y b) acceder a dinero contante y sonante.

Ahora bien, ¿cómo puede este boliviano, que necesita alimentar a una familia de entre cuatro y seis

⁹² Encuesta de Seguridad Alimentaria y Nutricional 2005.

miembros, obtener el dinero que le permitirá comprar en el mercado los alimentos más nutritivos de su dieta? ¿Puede generar este dinero con la venta de su propia producción agrícola?

La respuesta en casi todas partes es no. En primer lugar, porque la tierra es pobre. De esto no hablan mucho los especialistas, que consideran anticuado referirse a las condiciones naturales sobre las que se asienta la economía;⁹³ pero el campesino lo sabe muy bien. La mayor parte de la tierra del Occidente tiene de baja a moderada fertilidad, y está comprometida por un grave proceso de desertificación debido principalmente a la introducción, desde la Colonia, de animales inadecuados para el hábitat montañoso. A la vez, la ganadería constituye una respuesta natural a la aridez de la tierra labrantía.

A la infertilidad y la erosión se suma la división extrema de la propiedad, que imposibilita cualquier esfuerzo productivo mayor.

¿Es muy diferente la situación en el Oriente? No. Con pocas excepciones, los llanos orientales son poco aptos para la agricultura, tanto por la excesiva fecundidad de las hierbas silvestres como por la poca profundidad y la insuficiente riqueza del humus, bueno para estas hierbas pero no para plantas de raíces más penetrantes.

La tierra en Bolivia no produce riqueza, sino todo lo contrario, pobreza. A pesar de eso, el 40 por ciento del PIB está en la agricultura; lo que constituye un dato central en la relación de las causas de la pobreza nacional.

Por supuesto, hay algunas excepciones. Las tierras que rodean la ciudad de Santa Cruz son bastante produc-

⁹³ Una excepción es el libro de Rolando Morales, *Bolivia, política económica, geografía y pobreza*, Universidad Andina Simón Bolívar, 2000.

tivas y animan una industria que exporta a distintos países una cantidad cercana a los mil millones de dólares anuales.⁹⁴ La ganadería de cierta dimensión también está ubicada en este departamento y en las regiones del Norte, sobre todo en el Beni. Pero estas excepciones son demasiado menores como para alterar la situación general.

Hace dos o tres décadas se decía que, por las razones expuestas, la economía boliviana era “de subsistencia”, es decir, centrada en el autoabastecimiento de las familias rurales. Pero esto ha ido cambiando últimamente, como hemos dicho. Hoy los campesinos dependen cada vez más de las ciudades para su aprovisionamiento alimenticio, son cada vez menos autosuficientes.

Y esto nos devuelve a la cuestión del dinero y de su difícil obtención. Si no es con agricultura, ¿cómo conseguirlo? Los hombres y mujeres del campo están obligados a desplegar un repertorio verdaderamente ingenioso y complejo de estrategias laborales, una de las cuales es la emigración a las ciudades, para lograr mantenerse y mantener a sus hijos.⁹⁵ Pese a ello, como hemos visto, pocos lo logran por completo.

La infertilidad y la excesiva partición de la tierra, complementadas con un pésimo sistema de transporte que hace muy difícil la llegada de los escasos productos a los mercados más importantes, así como un exiguo apoyo financiero y técnico, forman una de las caras de la pobreza rural. Pero ésta tiene muchos rostros.

El segundo problema que debe enfrentar cualquier ciudadano del campo, como éste del que hablamos, es

⁹⁴ En 2007.

⁹⁵ Cfr. Annelies Zoomers, *Vinculando estrategias campesinas al desarrollo – Experiencias en los Andes bolivianos*, La Paz, Plural, 2004

la preservación física de su clan, en especial de su mujer en el parto y de sus hijos pequeños. En los municipios más pobres de Bolivia la mortalidad materno-infantil es una de las más altas del continente. Sin duda ha habido mejoras significativas en las últimas décadas, pero la situación sigue siendo trágica. La primera causa es por supuesto la falta de centros sanitarios, médicos, fármacos y cuidados capaces de prevenir muertes completamente evitables. Las personas que viven en el campo saben muy bien que el Estado boliviano carece de estos medios. Saben que en los últimos años se han construido postas y hospitales, pero que éstos a veces no cuentan con personal suficiente (o personal alguno), y siempre carecen de medicamentos.

Esta imagen no estaría completa si no tomamos en cuenta, también, la inexistencia de servicios de saneamiento como alcantarillado y agua potable; así como la falta de instrucción que, junto con el carácter opresivo de las labores que los campesinos deben cumplir para sobrevivir, impiden que éstos realicen tareas profilácticas como rellenar las grietas de los muros, pavimentar el piso de sus casas, alejar a los pequeños de los animales, dejar de lado las peligrosas supersticiones en las que creían sus padres respecto a las enfermedades, como suspender los líquidos a los niños con diarrea, etc.

En este terreno hay importantes diferencias entre un habitante del Occidente y otro del Oriente del país. Ambos están ahora más instruidos que hace veinte o treinta años (aunque más años de escolaridad no siempre indican una mejor educación), pero los niveles alcanzados en educación y salud en el Oriente superan a los del área occidental. Está probado que la educación

de los padres, sobre todo de las mujeres, es el medio más importante de promoción de la salud. Y, en efecto, los índices de salud del este son bastante mejores que los del oeste de Bolivia.

En fin. Como vemos, los ingredientes de la receta de la pobreza: la improductividad y la ignorancia, están ahí, potenciándose el uno al otro y actuando juntos para asegurar el sufrimiento de millones.

La forma más usual en que se intenta salir de esta situación de adversidad y oscurantismo⁹⁶ es emigrar a las ciudades. Al principio este desplazamiento es temporal, por los meses necesarios para reunir el dinero con que se llenará la despensa durante todo el año. Pero, con el tiempo, y a medida que aumenta la dependencia de la familia del salario que se obtiene en las ciudades y, simétricamente, pierden importancia los ingresos de las actividades agrícolas, la migración se vuelve definitiva. Un 30 por ciento de la población vive en la economía tradicional que hemos descrito; un 40 por ciento la ha abandonado para acercarse a las ciudades y mejorar sus condiciones de vida. Han pasado de la economía agrícola a la economía familiar que se desarrolla laboriosamente en los grandes cinturones urbanos.

La situación de las personas que dieron este paso es solamente un poco menos precaria que antes. Los servicios son algo mejores: hay más médicos y policías,

⁹⁶ Que, curiosamente, algunos pintan de tonos rosas, como si se trata de una Arcadia todavía no del todo descubierta por la modernidad y sus perversiones.

los tribunales formales están más cerca y teóricamente son accesibles; el Estado adquiere una forma más tangible. Nuestro ex campesino todavía no cuenta con alcantarillado, pero una pileta pública permite a los miembros de su familia recolectar agua limpia dos o tres veces al día. Por lo demás, vive como en el campo, en una pequeña y tosca vivienda construida por él mismo, lejos de las principales vías de transporte, a las que debe llegar a pie o en bicicleta. Y el trabajo embrutecedor, de sol a sol, en la construcción o la jardinería, en las labores domésticas o en la manufactura artesanal, le impide incrementar su educación.

Pero los niños tienen la oportunidad de ir a escuelas mejor constituidas, con un currículo más extendido, y es menos probable que mueran en caso de presentarse una crisis alimentaria o de salud.

La vida es muy dura, y las fiestas de los fines de semana, a veces sólo pretextos para el consumo de alcohol, únicamente consiguen empeorarla. Cuando se disipa el vaho de la alegría artificial, lo que emerge —como otras tantas rocas atadas a la espalda de este Sísifo contemporáneo— son las deudas, el resquebrajamiento del amor de pareja, la desorientación y el abandono de los hijos, que así crecen sin perspectivas.

Es una vida dura, algo que no es nuevo, porque la del campo lo era igualmente, pero también es una vida completamente distinta. Las viejas costumbres y tradiciones importan cada vez menos, se van deteriorando. El control social que la comunidad ejercía ya no existe más, y el de los parientes y amigos es débil.

Esta recién conocida flexibilidad ética, y la carga de la pobreza, impulsan a muchos hombres a abandonar a

sus familias, y son las mujeres que se quedan las que deben sacarlas adelante. Por todas partes, entonces, los lazos de cohesión familiar se rompen: mujeres sin maridos, maridos con dos o más mujeres, niños sin padre, huérfanos. La libertad nunca ha sido mayor para estas personas que habitan ciudades como El Alto, Quillacollo o los suburbios de las urbes principales. Pero tampoco jamás sintieron tanta incertidumbre. No saben muy bien dónde están, pero una cosa es segura, el mundo que dejaron atrás existe sólo como nostalgia, recreado en forma de bailes y de fiestas comunitarias a las que todavía asisten... Es cierto que muchos hábitos perviven, pero las circunstancias han cambiado y, por lo tanto, ya no forman parte de un contexto coherente. No constituyen una referencia, sino apenas un recuerdo.

La nueva realidad es hostil, pero también desafiante. Por primera vez, el libreto de cada vida no está escrito de antemano. Los procesos sociales son mucho más dinámicos y flexibles que en el campo. Unos pocos inmigrantes pueden llegar a enriquecerse —para los parámetros bolivianos— por medio de algún emprendimiento comercial o artesanal en el que prácticamente dejan el pellejo. Es posible que sus hijos reciban entonces una educación de mejor calidad y pasen a engrosar las filas de los ciudadanos “plenos”, si podemos llamarlos así. Entre los muchos nuevos caminos que ahora se les ofrecen, algunos tomarán el peor y se convertirán en delincuentes y prostitutas, una opción desastrosa pero una opción al fin, que en su vida anterior simplemente no existía.

Éstos son los efectos de la urbanización, de la pérdida de la inocencia premoderna, que han sido retratados y criticados por los filósofos desde su misma

aparición. Los románticos alemanes vieron detrás de estas situaciones, consecuencia de la revolución industrial, un proceso de degradación social y moral que conducía al caos colectivo y a la desdicha individual. Le opusieron el antídoto de la tradición y la lengua de la comunidad originaria.

Marx, legatario de este romanticismo pero también de la Ilustración, no se sumó simplemente a la vieja escuela filosófica que, remontándose a Platón, ve en el cambio social un camino de perdición. Con la poderosa capacidad de síntesis que le permitió escribir su importante obra, apreció desde el principio el aspecto contradictorio de este fenómeno en el que, según dijo con una frase feliz, “todo lo sólido se desvanece en el aire”.⁹⁷ Marx advirtió el enorme dolor que este movimiento catastrófico estaba causando, un dolor que explica la enorme carga destructiva de los movimientos políticos de respuesta, entre ellos el nacionalismo y el mismo marxismo. Pero también observó su gran potencial. El hombre se liberaba de cadenas que lo habían sujetado por siglos. Su lugar de nacimiento dejaba de marcarlo de por vida. Debía enfrentar adversidades enormes, pero contaba al menos con la posibilidad de darles a sus hijos una vida completamente diferente de la que tuvo él mismo, poniendo fin a una maldición ancestral.

La sociedad moderna permite, aunque sea como promesa, la primacía del yo sobre la circunstancia y así –por primera vez de forma tan generalizada y contundente– responsabiliza a las personas por su propio destino. Si el futuro siempre estuvo abierto, ahora lo

⁹⁷ Esta frase, sacada del *Manifiesto comunista*, da título al bello libro de Marshal Berman sobre este tema.

está más que nunca. La velocidad a la que nos dirigimos hacia él casi puede sentirse. A todos nos sobreviene una sensación de vértigo, para algunos embriagadora, vivificante; para otros abrumadora, un tormento. Y estos estados de ánimo constituyen la base de la cultura moderna.

En Bolivia la modernización tiene sus propias características. Por un lado, los cambios demográficos, la urbanización y la activación de la economía son un hecho. Hace cincuenta años, dos tercios de los bolivianos vivían en el campo, ahora sólo lo hace un tercio. Este desplazamiento, que se incrementa por la migración temporal, ha generalizado las relaciones mercantiles, que hace medio siglo eran minoritarias. Es justamente la ubicuidad de estas relaciones la que permite el salto de un sector productivo a otro, de una condición laboral a otra, y la que convierte el dinero en el principal argumento para abrirse paso y hacerse valer en la sociedad. Esto, y no sólo la aglomeración de una gran cantidad de personas, es lo que explica el dinamismo de las ciudades.

Pero en Bolivia, a diferencia de otros países, el motor que impulsa la marcha de la modernización está *averiado*. Carecemos de un flujo de capitales capaz de fructificar en negocios lucrativos, suficientes para emplear a esos inmigrantes que llegan huyendo de la pobreza agrícola, y de dar resultados suficientes para, al cabo del tiempo, convertirse en nuevos flujos de capital, en inversiones productivas.

Éste es el problema y, al mismo tiempo, la gran pregunta del desarrollo boliviano. ¿Por qué el capital no se reproduce? ¿Qué desperfectos tiene el motor de la economía que mantienen al país en un nivel extremadamente bajo de crecimiento?

No corresponde a este ensayo dar respuesta a estas preguntas, aunque el tema de los recursos naturales sea fundamental para hacerlo. Lo que aquí nos interesa es mostrar qué resulta de la abrupta detención del proceso de modernización.

Si hubiera que describirlo en términos de la psicología individual, diríamos que se trata de un proceso de *frustración*. Por un lado, la modernización atrae a los sectores rurales indígenas, los urbaniza, les suministra nuevas expectativas. Por otro lado, el hecho de que la economía moderna no tenga una actividad suficientemente dinámica y extensa como para convertir a estos nuevos ciudadanos en obreros o profesionales, los deja varados a medio camino: abandonan su condición de campesinos, pero tampoco alcanzan a convertirse en miembros de la parte progresista de la sociedad.

Esto los obliga a agruparse en sindicatos y, en esta última época, en torno a organizaciones remotamente indígenas y, en general, a convertirse en un polo poblacional contestatario. Allí elaboran un discurso que no refleja la vida real de los campesinos (que ya no son), sino una visión inventada del campo, de lo que supuestamente fue el campo antes, hace mucho. Y esto retroalimenta el resentimiento.

A este rechazo económico hay que sumar las barreras sociales y raciales que se levantan ante los aspirantes a la modernidad, que normalmente son indí-

genas; y el rezago cultural que les ocasiona una educación inferior.

Todo esto ocasiona una ansiedad y un malestar generalizados. Y si aquí tomamos en cuenta la labor de la televisión, que presenta un modelo de modernidad y riqueza inmediato y a la vez inalcanzable, el efecto necesario será la distorsión de las expectativas de millones de personas.

Si combinamos frenesí y frustración, ¿qué obtenemos? Los efectos pueden ser muchos, pero el que aquí nos interesa es el político. Podemos describirlo como una tendencia incontrolable hacia la redistribución. La mayoría de los bolivianos sueña, obnubilado, en la redistribución y pierde de vista la generación de riqueza. Aún más, llega a sentir que en Bolivia no hay necesidad de crear riqueza. Oigamos por ejemplo a Evo Morales:

Aquí no faltan riquezas, sobran riquezas. Esas riquezas, lamentablemente, están en pocas manos, en poca gente; por tanto, esos recursos, esas riquezas deben volver a manos de los bolivianos.⁹⁸

Este deseo de redistribución, claro está, no carece de sentido. Lo tiene: si uno está en la situación del campe-

⁹⁸ Op. cit., pág. 41. Un Francovich más joven que el que hemos leído hasta ahora (1942), dijo en "Humanismo latinoamericano" (*Pachamama – Diálogo sobre el porvenir de la cultura boliviana*, La Paz, Juventud, 1980): "[En Latinoamérica] las riquezas de la naturaleza conservan aún casi intacta su inmensa potencialidad, permitiendo que puedan ser aprovechadas sin necesidad de que el hombre deba explotar al hombre, como ocurrió en el viejo y avaro continente europeo, donde la tierra sólo produce regada con el sudor de la frente".

sino o del pobre peri-urbano de nuestro ejemplo, lo normal es que exija algo así. Es una respuesta con sentido y racionalidad individuales –y de corto plazo.

O, para decirlo en el léxico que hemos usado en este trabajo, es *una creencia con antecedentes*, que refleja las condiciones de vida del boliviano promedio. De ahí la fortaleza, hasta hoy, de la tesis sobre los recursos naturales que se complementa esa necesidad redistributiva: el nacionalismo estatista.

Dicho esto, pensemos ahora qué ocurriría si, por alguna razón, el boliviano pudiera resistir la premura que el impone la pobreza, lograr un mejor nivel de vida y mirar las cosas más fríamente. ¿Creería en lo mismo? ¿Hasta qué punto? ¿Se abriría una posibilidad de cambiar la mentalidad social (el “*chip* nacional”, como se dice a veces)?

Las sociedades colectivistas y cerradas todavía consideran que la riqueza equivale a una determinada cantidad de posesiones; que es una suerte de *posición* que hay que adquirir, administrar y, sobre todo, repartir. Las sociedades abiertas y modernas, en cambio, piensan la riqueza como un *flujo de bienes*, que primero que nada es necesario crear. Las primeras le dan la máxima importancia a la política, como arte de distribución de los recursos existentes, y por tanto al *prestigio jerárquico* que concede la condición de gobernante. Estas sociedades son estatistas, incluso cuando carecen de Estado (es el caso de Bolivia: los ciudadanos más maltratados y abandonados por el Estado son los que más desean que

éste se haga cargo de todo). En las sociedades abiertas, por el contrario, el interés fundamental es la economía, aunque el Estado sea fuerte, y el prestigio al que se aspira es el que confiere el éxito en las actividades generadoras de riqueza.

El desafío de Bolivia es pasar de un tipo de sociedad a otro. Para eso tiene que cambiar su base “generativa”, es decir, sus valores y creencias (el “ADN” social, que conserva la “información” de una colectividad y asegura su reproducción en el tiempo);⁹⁹ cambiar sobre todo sus creencias más establecidas sobre los recursos naturales.

No será una tarea fácil, pero tampoco imposible. La misma modernización que la hace urgente también la vuelve factible, al socavar los hábitos anteriores e introducir, más allá de la frustración, otras transformaciones psíquicas (independencia individual, flexibilidad ante el cambio, capacidad de arriesgarse, confianza en algunas instituciones, tolerancia personal y política) cuyos efectos se sentirán con el tiempo.

Sin embargo, no podemos dejar al curso objetivo de la historia todo el trabajo. Ésta siempre será nuestra labor y no la de alguien más.

⁹⁹ Pido prestada la expresión a Mariano Grondona, *Las condiciones culturales del desarrollo económico*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

ADEMÁS...

Zavaleta y los recursos naturales

Como tantos otros intelectuales, René Zavaleta se pregunta por qué las mayores riquezas de Bolivia son las que el país ha perdido.¹⁰⁰ Esta pregunta también puede plantearse de la siguiente manera: *¿Por qué Bolivia pierde, una y otra vez, sus recursos naturales? E incluso cuando los retiene por medio del Estado, como hizo la Revolución Nacional, ¿por qué esta conquista no llega a ser un medio para la realización de la nación?* (Podría decirse que ésta es la cuestión de partida de todas las tesis sobre los recursos naturales y el desarrollo nacional). Zavaleta ensaya dos repuestas, una más temprana e inmadura que la otra. La primera, consignada en *La formación de la conciencia nacional* (1965), la sostiene en común con el resto de la izquierda. Señala que los recursos naturales nunca sirvieron para el desarrollo general porque fueron acaparados y despilfarrados por una “casta” vendepatria, “jibarizada” por las empresas y los países extranjeros, incapaz de anteponer los más altos intereses colectivos a sus apetitos de pandilla.

¹⁰⁰ Cfr. *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1986.

El problema de esta definición es que no cierra el debate, sino que conduce a otra pregunta mucho más difícil de responder: ¿Por qué? ¿Qué vuelve así a la clase dirigente boliviana? ¿Se trata acaso una maldición asociada a la raza, la geografía o el origen histórico? ¿De una consecuencia inevitable de la existencia de países imperialistas, la división mundial del trabajo, la repartición de los mercados? ¿No tiene Simón Patiño, por ejemplo, otra alternativa que enriquecer a los “yanquis” con el estaño de la nación, a costa de sus propios conciudadanos? Pero si éste fuera el caso, ¿por qué otras burguesías y empresarios tercermundistas lograron eludir estas fuerzas opresivas y encontraron una forma de construir un Estado más o menos sólido, una economía más o menos próspera, una sociedad viable?

Zavaleta es plenamente consciente de esta dificultad. En *La formación...* todavía se apega las generalizaciones economicistas, del tipo: más-presencia-del-capital-financiero-menos-desarrollo, aunque no le sirvan, por ejemplo, para explicar el caso chileno. Pero luego pensará las cosas nuevamente. En su libro póstumo, *Lo nacional-popular en Bolivia*, dedicará un capítulo a estudiar y diferenciar la manera en que concurren a la Guerra del Pacífico Perú y Bolivia, por un lado, y Chile, por el otro. O a cómo estos pueblos “viven la guerra”. Allí hará especial hincapié en aquello que diferencia a un país de otro, o, como diría él, a una “formación económico-social” de otra. Afirmará que las sociedades precapitalistas son menos comprensibles que las desarrolladas; incluso que algunas son simplemente incognoscibles o que sólo pueden conocerse cuando viven en crisis. No cabe, por tanto, valerse de

fórmulas precocinadas. Perú estatizó el salitre varias décadas antes de la Guerra del Pacífico. Sin embargo, fue la chilena la nación que concurrió al conflicto mejor alineada en torno a su Estado. Los capitales ingleses residían en toda la costa andina, no sólo en Chile; si los ingleses respaldaron a este país se debió a que eligieron hacerlo, y esto a su vez tuvo su origen en la peculiar naturaleza de Chile, es decir, en una condición preexistente a la guerra, al guano y el salitre, e incluso al imperialismo británico. Chile ya era Chile antes de la Guerra. Porque lo era, los británicos, pragmáticamente, lo escogieron como aliado. El imperialismo fue, entonces, la variable dependiente y no la causa de todo.

De este modo Zavaleta cuestiona implícitamente la generalización que lanzara en 1965. Afirma que a fines del siglo XIX, dentro de una misma situación de dependencia compartida por Perú, Bolivia y Chile, éste último país logró un margen de autonomía que los otros dos no tenían. Evidencia así, por consiguiente, que la presencia del capital financiero no resuelve el enigma.

Zavaleta supera el determinismo ordinario de la izquierda. ¿Puede decirse –se pregunta– que del enfrentamiento entre dos países saldrá siempre victorioso el mayor producto interno bruto? No –responde–. Lo que cuenta no es el producto, sino cómo cada país sea *capaz de moverlo*.

Esta afirmación, que literalmente considerada puede sonar absurda, no es más que una metáfora para decir que en el fondo no importa la riqueza, sino la forma en que ésta se ha acumulado. No es lo mismo un empresario ambicioso y eficiente, que reúne millones y los invierte de inmediato en iniciativas de toda clase, que un

heredero reblandecido por la prosperidad y que confía su fortuna en manos de abogados. Como se recordará, Weber diferenciaba entre el capitalismo de aventura o “político” y el capitalismo como tal. Zavaleta habla, ingeniosamente, de una “vía junker” y de una “vía farmer” del desarrollo capitalista. Ambas ideas son homólogas. En el primer caso lo crucial es la posesión y el tamaño del “excedente”; en el segundo, una vez más, *cómo se lo mueve* o, mejor, *para qué se lo tiene*.

Aquí resulta necesario explicar lo que Zavaleta entiende por “excedente”, pues no corresponde exactamente al léxico marxista. “Excedente”, según Zavaleta, es una riqueza suplementaria que una sociedad –y, más propiamente, una clase poseedora– obtiene por algún medio que no sea la desviación del consumo ajeno. No se trata, entonces, de plusvalía,¹⁰¹ sino más bien de un ingreso originado en un hecho como el descubrimiento y/o la explotación de los recursos naturales. La mayor parte del tiempo Zavaleta pone “excedente” para llamar –imprecisamente– a los recursos naturales. Así, la Conquista de América estuvo guiada por la avidez del excedente (el oro y la plata). La Guerra del Pacífico fue la “querrela del excedente” (el guano y el salitre). Etcétera.

La pregunta, entonces, es ¿para qué sirve el excedente o accesibilidad a los recursos naturales? ¿Sirve para la realización o para la frustración de la nación? Según Zavaleta, por encima del excedente y de su uso está la capacidad de cada sociedad para conocerse a sí misma y evaluar sus posibilidades en el escenario

¹⁰¹ Aunque Zavaleta, que obviamente no era un economista, emplee a veces “plusvalor social” como sinónimo de “excedente”.

histórico; la capacidad del Estado para fijarse unos objetivos liberadores; en una palabra, la capacidad de autodeterminación colectiva. Y a todo esto lo llama “disponibilidad”.

Según sea la disponibilidad de una sociedad, ésta manejará su producto o su excedente de una u otra forma: lo despilfarrará como el heredero (‘las mayores riquezas de Bolivia son las que el país ha perdido’) o lo capitalizará como el empresario (por ejemplo: Chile). Una mayor disponibilidad permitirá un mejor *movimiento* de la riqueza disponible y, por esta vía, asegurará un mejor desempeño histórico, digamos en la guerra.

La Guerra del Pacífico muestra muy bien que lo que importa es la disponibilidad y no el tamaño del excedente: ganó el país que, de los tres, poseía el menor. La historia moderna de Europa prueba la misma cosa: los países más exitosos (Gran Bretaña, Holanda, las ciudades del norte de Italia) carecían del excedente español y portugués; al mismo tiempo, éste no aseguró el liderazgo mundial de la Península Ibérica.

Si la clave no está en los recursos naturales, quienes piensan esto, dice Zavaleta, caen en el “camelo del excedente”. Ésta es una característica de la ideología boliviana. Zavaleta la llama “nuestra obsesión” y también el “fetiche” nacional. El *camelo del excedente*, el autoengaño que consiste en creer que todo puede solucionarse con el descubrimiento y la explotación de recursos naturales, representa una continuación hasta el presente de la búsqueda colonial de Eldorado. Constituye un hábito o, algo todavía más primario, un *reflejo* de la sociedad nacida en Potosí. “Se busca plata porque se quiere existir, (pero) como Huallpa (el indio descubri-

dor del Cerro Rico) lo demostró, la existencia no se deriva del azar de encontrar plata”.¹⁰²

La clave está en otra parte, ya lo sabemos: depende de la *disponibilidad*.

La palabra “disponibilidad” es la más importante del vocabulario zavaletiano. Por esta misma razón tiene un significado algo ambiguo. En general se usa para designar los breves momentos en que un individuo, un grupo o una nación pueden liberarse de las determinaciones de la historia, del contexto, de la economía; en una palabra: de la carga de lo objetivo; cuando se hacen capaces de actuar por ellos mismos, con fidelidad a sus propias decisiones. Son momentos, por tanto, de la máxima subjetividad. Existen por obra de la creatividad humana, que rompe la cadena causa-efecto que de otra forma resultaría inexorable (y entonces el resultado de una guerra estaría de antemano fijado por el producto interno bruto de los países contendientes). Estos momentos de “disponibilidad” son ignorados o directamente negados por las doctrinas mecanicistas, tales como el marxismo vulgar. De ahí que Zavaleta, cuyo objetivo era la superación del pensamiento mecanicista sobre Bolivia, ponga especial atención en ellos.

No es errado ni excesivamente reduccionista traducir “disponibilidad” como “autodeterminación”. Ésta, dice Zavaleta, nunca llega a ser absoluta, pero su existencia puede detectarse claramente en algunas clases sociales, en ciertas épocas históricas, en determinados Estados nacionales. Es muy difícil de encontrar, en cambio, en otros períodos y actores. Por ejemplo, posee *disponibilidad* el

¹⁰² Op. cit., pág 140.

Estado chileno anterior a la Guerra del Pacífico, que a su vez la obtiene de la élite dirigente de este país. En cambio, en Bolivia sólo aparece ocasionalmente, siempre cuando la clase poseedora cae: en 1899, en el instante en que los conservadores ceden ante el empuje de un ejército indio, o en 1952, cuando un frente popular desplaza a la “rosca” liberal y consuma la Revolución Nacional. Para Zavaleta, por esencia las clases dominantes bolivianas carecen de autodeterminación. Por tanto, la disponibilidad boliviana siempre dependerá de las clases populares, de su habilidad para triunfar sobre la oligarquía.

Sin embargo, el que se produzca *disponibilidad* (o autodeterminación) durante un lapso histórico cualquiera no significa que ésta necesariamente sea aprovechada. Se trata de un concepto muy similar al de “ventana de oportunidad”. Sólo cuando se abre es posible cambiar las cosas, pero la apertura en sí misma no garantiza nada. La autodeterminación es la liberación de las limitaciones *internas* de la nación o la clase, pero aún puede ser bloqueada por factores y sucesos externos.

¿Qué abre esta ventana de autodeterminación? Según Zavaleta, quien sigue de cerca a Hegel, la autodeterminación es un resultado del conocimiento. La clase o la nación con disponibilidad es aquella que *conoce*. La que conoce su origen, las circunstancias en las que se mueve, pero sobre todo sus propios fines. Sólo así la clase o la nación pueden independizarse de los hechos que la anteceden y que la constituyen, y entonces *imponer su voluntad* a la historia. Cuando no conoce, la clase o la nación es “en sí”, existente pero impotente ante los acontecimientos. Cuando (se) conoce se convierte en “para sí”, en un sujeto real de la historia.

De lo dicho se deduce que: a) la oligarquía boliviana no conoce y, además, no puede llegar a conocer; es una clase alienada de sus propios objetivos, que vive la vida de otros (los extranjeros); se trata de una clase “en sí” y no “para sí”; b) el conocimiento “verdadero”, que emancipa de la historia, únicamente está al alcance de las clases populares. Sólo ellas pueden buscar objetivos coherentes con sus intereses históricos, o ser “para sí”; c) el conocimiento de las clases populares es acumulativo pero no irreversible. La disponibilidad puede perderse o desperdiciarse antes de convertirse en una conquista histórica.

Estamos, como se ve, ante una nueva versión de la epistemología marxista (que en lugar de “proletariado” pone “pueblo”). Pese a todo, la pregunta sigue allí: “¿por qué? ¿A qué se debe esta ineptitud histórica de la clase dominante?”

Si Zavaleta respondiera de una forma economicista, por ejemplo: “por su papel en las relaciones de producción en una economía imperialista”, estaría repitiendo la manida fórmula de siempre (que lo antecede) y sería injusto que hubiéramos afirmado, más arriba, que este autor “supera el determinismo ordinario de la izquierda”. Pero Zavaleta no hace eso.¹⁰³ Su hipótesis causal no es económica, sino histórico-política. De este modo, concede la importancia mayor a un elemento “superestructural” o inmaterial: no piensa, como Marx o en especial Engels, que la producción determina necesaria-

¹⁰³ En *Lo nacional-popular en Bolivia*.

mente el papel histórico de las clases. Esto coloca a Zavaleta en el marxismo moderno.

Si hay una relación entre la estructura y la superestructura –dice–, ésta es diferente en cada caso, en cada país, en cada coyuntura histórica. A veces la economía aparece dominando; a veces, siendo dominada. No hay que fiarse, entonces, de los juicios generales. Lo que debe interesar es la *totalidad* de cada proceso, eso que Marx llamaba “lo concreto”.

La totalidad –que incluye una estructura, una superestructura y una determinada relación entre ellas– se produce de forma distinta en cada sociedad. En las sociedades capitalistas tiende a ser más homogénea, porque está basada en “trabajo abstracto”.¹⁰⁴ No ocurre lo mismo con una sociedad como la boliviana, cuya totalidad “abigarrada” resulta mucho más difícil de aprehender...

Si las respuestas que se refieren al orden capitalista podrían en algunos casos plantearse en términos jerárquicos (con las relaciones productivas determinando a la producción, la producción a la economía, ésta a la superestructura jurídica y, después, a la política...), en las sociedades abigarradas y heterogéneas esta jerarquía debe ser derogada.

Zavaleta cree que la *falta de disponibilidad* del Estado y la clase dominante boliviana, su tendencia a des-

¹⁰⁴ Zavaleta entiende esta categoría –que para Marx era la unidad de medida del valor de las mercancías– como una suerte de fundamento de la sociedad moderna. Para él la sociedad capitalista como tal es “abstracta”, lo que quiere decir relativamente uniforme y homogénea. Por eso puede comprenderse de forma cuantitativa o “medirse”; dicho de otra manera: respecto a ella funcionan mejor las generalizaciones. (Nótese aquí que, como todos los neomarxistas, Zavaleta convierte los conceptos de Marx, que buscaban cierta precisión científica, en vocablos filosóficos de múltiples usos, algunos de índole más estética que otra cosa).

conocer sus propios fines, y a entregarse a los extraños, se debe a la manera en que Estado y élite se conformaron, a sus “momentos constitutivos”.

En la teoría zavaletiana, estos momentos son los que, dentro de la historia, definen el sentido común, forman la mentalidad del grupo; son los que fundan el “inconsciente colectivo” (aunque no de la manera exageradamente mecánica de Jung). De esta manera, la ideología –o ciertos elementos ideológicos– trasciende las épocas, los modos productivos, los avatares históricos.

Veamos ahora cómo se supone que la élite boliviana se ha constituido. Hay que tomar en cuenta, en primer lugar, que se trata de una élite *venida del extranjero*. Se adueña del territorio, sí, pero no del todo, porque encuentra en él unos habitantes que le resultan radicalmente ajenos: los indios. Y aunque se enseorea sobre ellos, lo hace de una mala manera: no a través de la hegemonía, sino de la coerción.

A partir de este instante, el destino de ambas “estirpes” queda inexorablemente unido. Los señores sólo pueden serlo en tanto haya indios que los sirvan. (Y aquí no se habla tanto del servicio personal como de la explotación económica). Por su parte, los indios edifican su identidad en base al odio a los señores.

¿Qué conclusiones se puede sacar de este “momento constitutivo”? La primera es el gamonalismo. Debido a su tendencia señorial, los bolivianos blancos, incluso cuando han obtenido su fortuna en las minas (explotando indios), forman haciendas y se hacen servir. El único negocio estable del país es el que transforma en dinero el sudor indígena.

La segunda conclusión surge de la anterior: “la xenofilia”. El miedo a la rebelión india convierte a esta élite de origen foráneo en “adicta” al extranjero, pues de allí provienen los títulos que validan su dominio.

Estas dos inferencias explican también lo que, según Zavaleta, ocurrió históricamente con los recursos naturales.

Zavaleta recuerda que éstos son efímeros. Sólo puede disponerse de ellos episódicamente. No durante el tiempo necesario, cree, para expandir el capitalismo. Sin embargo, éste no es el eje de su argumentación, ya que de todas formas la élite los despilfarra cuando los tiene.

Este despilfarro tiene dos causas. Una reside en *la mentalidad precapitalista* de la clase dominante, que la lleva a usar los recursos en la conservación de su posición señorial. O los mineros se hacen hacendados, o consumen sus ganancias, o las exportan.

La otra causa del despilfarro es *la xenofilia*, que impulsa a la élite a entregar los recursos a los extranjeros, con cuyos intereses se identifica plenamente. (Aunque en realidad no se trata de una filia sino de pura conveniencia: se prefiere el saqueo extranjero a admitir el derecho de los indios).

De ese modo el excedente se agota sin propiciar el desarrollo pleno del capitalismo.¹⁰⁵ Una vez que un recurso de determinado tipo se agota, la única iniciativa del país es encontrar otro, con la idea de que es en los recursos, y sólo en ellos, que está cifrada la clave del desarrollo (“camelo del excedente”).

¹⁰⁵ Que Zavaleta llama “subsunción real” y que ilustra con la figura del país entero atado a una planta con maquinaria moderna en funcionamiento.

En suma, la respuesta de Zavaleta a la pregunta inicial (*¿Por qué Bolivia pierde sus recursos naturales, en lugar de lograr con ellos el desarrollo?*) es la siguiente: Los pierde por culpa de la mentalidad precapitalista y de la xenófila de la élite nacional, que a su vez se origina en una historia peculiar. Además, esta mentalidad se traslada o al menos se verifica también en el Estado, cuando éste llega a controlar los recursos pero a la vez está controlado por esta casta señorial.

Pero, ¿qué pasa cuando el Estado no está manejado por los señores, sino por la nación y el pueblo (en los momentos de autodeterminación nacional-popular)? ¿Por qué entonces el país sigue perdiendo los recursos naturales, es decir, éstos no le sirven para desarrollarse?

Para que este hecho no derrumbe su teoría, Zavaleta observa que la casta señorial reaparece al mando del Estado, aun después de ser expulsada violentamente de éste, como ocurrió al cabo de la Revolución Nacional. (Zavaleta concibe este fenómeno como una “paradoja” –ya veremos que no lo es– y entonces lo llama “la paradoja señorial”).

Notemos que ésta es una respuesta más compleja y profunda que la economicista que ha dado la izquierda a lo largo de los años. Congrega factores históricos, psicológicos, políticos y económicos. Requiere la comprensión de la geografía, de la inserción del país en el mundo a través del tiempo, de las distintas etapas de desarrollo de las clases sociales. Explica por qué algunos países pobres como Chile sí logran desarrollarse en un

mundo dominado por el imperialismo. Es decir, propone unas *causas locales* para el subdesarrollo.

No por eso, sin embargo, deja de ser una respuesta falsa. Sigue siendo esencialista. Según el Zavaleta de *La formación...* la élite es antinacional por las características de su parto *económico*. El Zavaleta de *Lo nacional-popular...* piensa que lo es por las condiciones de su parto *histórico*. En ambos casos se trata de la naturaleza de una clase, no de las decisiones que toma. Las circunstancias y las explicaciones varían, pero la élite está igualmente *condenada* a un destino de felonía y traición.

También puede decirse que la segunda respuesta de Zavaleta es más terrible que la primera. Quien lee *Lo nacional-popular...* deduce que es necesario salvar al país de los efectos del impasse y la mutua neutralización entre indios y señores. Pero en esta visión *el ser* de unos y otros se halla determinado por el adversario. Por tanto, para superar lo señorial y su impotencia histórica deben desaparecer los indios; y para liberar a los indios se necesita eliminar a los señores.

No es casual que Zavaleta se detenga aquí para rechazar las “soluciones social-darwinistas”, en referencia a la aniquilación de los indios, como vía hacia el capitalismo pleno.

Pero esto no descarta, al menos desde el punto de vista lógico, la alternativa: la eliminación de lo señorial. Y como se cree que lo señorial puede regenerarse una y otra vez (por obra de la “paradoja señorial”), no es absurdo suponer que esta opción podría implicar la *destrucción física* de los señores.

Zavaleta mismo no parece partidario de semejante salida; no piensa que el auténtico desarrollo necesite

una *tabula rasa*; pero su concepción puede derivar en esto. En cualquier caso, implica un “juego de suma cero”: para que unos ganen, otros deben perder. Y precisamente por eso no es una concepción democrática.

Zavaleta tiene razón cuando dice que el “máximo económico” –y la limitación histórica– de la élite boliviana ha sido la explotación del indio. Pero se equivoca al enfatizar los aspectos esencialistas (inmodificables) de este hecho, al plantearlo como un “deseo señorial” y no más bien como lo que es: un modelo perverso de creación de riqueza.

Este modelo es el extractivista y consiste, entre otras cosas, en la transformación de los indios en “recursos naturales” de fácil aprovechamiento. Es el modelo que ha estado vigente desde la Colonia hasta la Revolución Nacional, tal como se explica en este libro. Pero la Revolución y, últimamente, la democracia, pudieron modificarlo. Hoy ya no es posible la explotación masiva del indio que era común en el pasado. De este modo, la historia probó que dicha explotación no se basaba en el esquema hegeliano “amo-esclavo” al que recurre Zavaleta, esto es, en cuestiones existenciales, sino más bien en intereses concretos y en una también concreta correlación de fuerzas.

Pese a ello, el modelo extractivista perdura en Bolivia, asentado en los recursos naturales –en el verdadero sentido de la palabra– que abundan en el país. Bolivia sigue viviendo el “camelo del excedente”, la ilusión de que la alquimia del gas o de los minerales le conce-

derá una prosperidad perdurable. *Y este modelo se reproduce con más fuerza en los “momentos de autodeterminación nacional-popular” en los que las élites tradicionales son echadas del poder.*

¿Cuál es la conclusión de esto? Como dice Zavaleta, no se trata de la posesión del excedente, sino de lo que se hace con él. Esta afirmación es correcta y sin embargo no basta. Aún hace falta dar un paso más, que además es el fundamental... Justamente porque el excedente se origina en las circunstancias geológicas y no en la capacidad productiva, *no puede hacerse nada bueno con él*. Es un *excedente maldito*. Sólo puede dar lugar a un capitalismo “político” o de aventura, a la “vía junker” del capitalismo. Se corresponde con una mentalidad extractiva, es decir, precapitalista. Y genera una élite precariamente rentista, que en vez de reformar el mundo a su imagen y semejanza se conforma con medrar de él tal como es.

Mientras el modelo extractivista sobreviva, la élite será aquella que pueda aprovecharse del excedente gracias a su posición política. Y en tanto viva de la política, no necesitará arriesgar sus ganancias en actividades industriales. Mantendrá una mentalidad precapitalista: extracción-consumo, de nuevo extracción y...

El modelo extractivista genera precapitalismo o “capitalismo político” o “capitalismo junker” incesantemente. Este fenómeno no tiene nada de “paradójico”.

Bolivia ha tenido siempre una élite premoderna que por lo general además ha sido racista; sin embargo, *el racismo no fue la característica que determinó su papel histórico*. Lo prueba la historia última del país. El control del Estado por parte del MAS ha desestabilizado el carácter “señorial” de la cúpula boliviana, pero no

por eso la nueva élite ha abandonado su condición rentista, precapitalista, etc. Y sólo es cuestión de tiempo para que veamos cómo se separa de sus orígenes por medio del consumo conspicuo y de nuevos hábitos sociales, y se vuelve “señorial” también.

Todo esto es perfectamente previsible (la causa es el modelo extractivista) y no una paradoja.

El problema entonces está en otra parte. El error consiste en basar el desarrollo en los recursos naturales. Tenemos, por tanto, que cambiar de interrogante. La pregunta que debemos hacernos ya no es “¿por qué las mayores riquezas son las que se ha perdido?”, sino “¿cómo podemos salvarnos de las riquezas naturales?”

Lo bueno de esta nueva pregunta es que no exige respuestas esencialistas. Para la teoría liberal del subdesarrollo boliviano, la culpa no reside en *cómo somos* –o en cómo es un sector de la sociedad–, ni siquiera en cómo nos *constituimos* así, sino en lo que *hacemos* diariamente. Y entonces los cambios requeridos pueden concebirse de un modo muy diferente. Podemos cambiar lo que hacemos diariamente, sin necesidad de derogar el “ser” de ningún grupo social. Se trata de establecer otro tipo de relaciones y funciones sociales, un nuevo modo de producir (el “capitalismo farmer”), con ganancia para todos.

Un obstáculo para ello pudiera ser que las fuerzas sociales hoy emergentes se tomaran a Zavaleta a la tremenda y procuraran eliminar a las antiguas clases dominantes. Esperemos que no sea así. Incluso en ese caso, los *señores* (las fuerzas no capitalistas) regresarían, porque el problema de fondo no es el estilo de las clases dominantes del pasado, sino la abundancia de recursos naturales en nuestro territorio.

Despedida:

Literatura y recursos naturales

La literatura boliviana tiene un tema favorito: los recursos naturales. No es casual que los creadores contemporáneos lo eludan cuidadosamente: ha quedado fijado como una de las marcas distintivas del costumbrismo literario, tan desprestigiado en estos tiempos (aunque quizá vuelva a tener vigencia en el futuro, ahora que la globalización hace aguas y el nacionalismo entra en otro periodo de auge).

En todo caso, el realismo del siglo xx apenas ha escrito de otra cosa. Francovich organiza su argumentación sobre el “mito del enriquecimiento fácil” –en realidad la *manía* e incluso el *vicio* que lleva a los bolivianos a dedicar cuerpo y alma a la extracción de minerales y otras sustancias naturales– apoyándose en *El embrujo del oro* de Adolfo Costa Du Rels. El interés de este escritor, en éste y otros cuentos suyos, son los efectos psicológicos que la riqueza causa en sus personajes.

Otros escritores también observan estos trastornos. La suma de la proximidad lacerante de la riqueza y el miedo a perderla por culpa de un competidor más audaz o corajudo, genera un cuadro de ansiedad rayano en la

enajenación. A la inversa, el hecho de haber tenido el oro en las manos, pero haberlo dilapidado (en algunos casos por pagar los gustos de una voluptuosa y enigmática mujer del pueblo que también “funciona” como una esquiva veta de estaño o plata), conduce a los hombres a la ruina y la desesperación. En *La Miskki simi*, del mismo Costa Du Rels, el protagonista abandona su propio proyecto personal, en el que había demostrado talento y tenía posibilidades de sobresalir, para perseguir a la bella “cortesana” hacia la cual lo ha arrojado su lujuria. Lujuria sexual y lujuria geológica: la Miskki simi es una *mina* que promete el paraíso a todos los que se atreven a internarse en ella. Sus pronunciados pechos y su contundentes caderas, su rostro malicioso-luminoso, todo ello constituye la fortuna de cualquiera. Pero es una fortuna que, como todas las que “encontramos”, resulta finalmente esquiva. La voz de la sensualidad mestiza termina siendo un nuevo canto de sirena, que se escucha en medio del erial, sobre las alturas desoladas de los Andes. Al cabo, como era previsible, la veta se interrumpe, lo empeñado se pierde, el porvenir da un portazo y la catástrofe se cierra sobre el explorador amoroso. Al abandonarlo, la Miskki simi recurre a la justicia poética: lo deja por un minero rico.

En *Socavones de angustia*, el deseo de acumular algo de dinero extra con la explotación de una mina particularmente peligrosa, una faena casi suicida, termina matando al indio que se atreve a enfrentar a la montaña por codicia. Lo mejor para él –y, tras su muerte, para su familia– escribe Fernando Ramírez Velarde, sería que huyera lo más lejos posible de las minas, lugar maldito, sede de poderes infernales. ¿No se llama

al estaño, acaso, “metal del diablo”? Allí, en la oscuridad de los socavones, bajo el ocasional resplandor de los veneros, se oficia un culto pagano y dioses malvados juegan con los hombres.

En otro de sus cuentos, Costa Du Rels refiere la anécdota de la mujer de un minero que, luego de vivir por un tiempo en Potosí, beneficiándose con grandes ganancias, comienza a desarrollar una sutil perversidad, más terrible que el burdo pecado de la avaricia. Enloquecida por la posesión absoluta de aquello que supuestamente hace grandes a los hombres, la dama, para compensar, se siente violentamente atraída hacia lo bajo, lo vulgar, lo abominable.

En el Potosí colonial –refiere Arzáns en su *Historia de la Villa Imperial de Potosí*– los potentados daban fiestas ostentosas hasta la autohumillación: cada invitado recibía un valioso objeto de plata de regalo y la lujosa vajilla, una vez empleada, se echaba por las ventanas a la calle, donde los pordioseros esperaban con los brazos abiertos.

Estas imágenes –y tantas otras– de nuestra literatura tratan de capturar, como en una foto sobreexpuesta, el aura de las riquezas naturales. Nos advierten sobre el peligro de consagrarse a ellas y en esa medida poseen un rasgo moralista; pero también admiten, al mismo tiempo, que dicho peligro es *inevitable*, más fuerte que la voluntad, incontrolable; y entonces se tornan “metafísicas”. (Literatura fantástica que sustituye las decisiones por los *hechizos*).

Al reflejar la dimensión religiosa de esta consagración nacional a la *barreta*, de esta “toma de votos de riqueza” colectiva, los escritores de los recursos pasan

a formar parte, también ellos, del propio mecanismo de fetichización que denuncian: desfiguran las opciones de la sociedad transformándolas en mandatos inexorables del destino. Así, todos los hilos se mueven para que los campesinos de *Socavones de angustia*, pese a sus deseos, terminen esclavizados en las galeras/socavones del estaño. O vemos en Arzáns que la riqueza desencadena las furias de la envidia y la violencia, con la misma parsimonia y regularidad con la que se cumple una ley física.

Las creaciones bolivianas sobre los recursos naturales reproducen de algún modo la estructura de las tragedias clásicas: Al luchar contra las determinaciones que lo atenazan, el héroe termina cumpliendo el destino que se le había predestinado. Estas narraciones amarran una y otra vez el mismo nudo: lo mejor sería *no caer* en los recursos (salir huyendo), pero sin importar lo que se haga, todo conduce necesariamente a ellos. Más que fábula moralizadora, entonces, tragedia griega.¹⁰⁶

O, mejor dicho, moralización a partir de la tragedia. Porque estas obras nunca olvidan incluir moraleja. No podemos escapar al “hechizo del oro”, parecen decir nuestros escritores, pero podemos conjurarlo para que se ponga de nuestro lado. Justificación ingenua para no abandonar jamás el círculo encantado. En todo caso, de ahí es de donde sale toda esa propaganda que contiene la ficción sobre los recursos naturales: de la propuesta educativa de Ramírez a la exaltación de la huelga obre-

¹⁰⁶ Hay excepciones, como *En las tierras de Potosí*, de Jaime Mendoza, cuyo protagonista sí logra escapar de la maldición extractivista. Quizá por eso ésta es una de las más aburridas de las ya de por sí tediosas novelas dedicadas a este tema.

ra realizada por tantos otros (Néstor Taboada, por ejemplo). Este *proselitismo narrativo* es paralelo a lo que, en este libro, hemos llamado la “tesis nacionalista” sobre los recursos. La literatura de los recursos se abandona al sino extractivista, pero asegurándose, por medio de la política, de que “esta vez sí” coincidirá con el rumbo del desarrollo nacional. La mayor parte de esta literatura sobre los recursos es nacionalista: incluso lo es (ligera-mente) Costa Du Rels en *Tierras hechizadas*.

Justamente sobre esto trabajó Guillermo Lora uno de sus pocos libros interesantes: *La ausencia de la gran novela minera*, en el que se queja por que el filón propagandístico de esta literatura no concuerda con su propia teoría del cambio social. “Ausencia de la gran novela” es, para él, la falta de un gran escritor trotskista.

El talento literario, sin embargo, desborda los límites impuestos por la cofradía o por el pensamiento político. El único texto magistral sobre los recursos (y seguramente la mejor pieza del acervo literario boliviano) no habla directamente de ellos. Se titula *El pozo* y pertenece a Augusto Céspedes, un autor furiosamente nacionalista, que a veces (no siempre) fue también un creador. “Magistral” quiere decir, en este caso, capaz de recoger la complejidad y el misterio que el asunto encierra, y de expresarlos sin confusiones de género.

El pozo trata de la excavación, por parte del ejército boliviano, de un hueco vertical en medio de alguna zona remota y reseca del Chaco, como única esperanza para no morir de sed... El pozo va haciéndose día a día, profundizándose, gracias al esfuerzo ímprobo de los soldados que, sobreponiéndose a un calor abrasador y con las cantimploras vacías, deben pene-

trar dentro de él y excavar. La alegoría es evidente. Ese pozo es una mina de agua.¹⁰⁷ Turno a turno, descenso tras descenso, dejando su sudor y su piel en las estrechas paredes y el oscuro fondo, los soldados abren la tierra con la herramienta de su ilusión. En determinado momento encuentran fango y suponen que el agua está cerca. Alucinados, redoblan sus esfuerzos, atrapados por el magnetismo de la profundidad cada vez más claustrofóbica, que tira de ellos. Hacia abajo, hacia abajo; sin parar, penetrando la tierra, obligando a la suerte a entregarse.

Tan obsesionados y confiados se encuentran los excavadores que la impresión general (quizá la de ellos mismos) es que ya han encontrado agua, pese a que la capa húmeda ha sido atravesada y ha dado lugar a otra más bien pedregosa. El pozo no sirve, pero sus dueños ya no pueden saberlo: se mojan las axilas y los cuellos en su jugo imaginario; beben, a grandes tragos, la fresca agua fantasmagórica.

En eso, los paraguayos, convencidos por el convencimiento de los otros, atacan. También quieren el pozo, sus riquezas, lo que éste promete...

Acorralados por el ataque enemigo, los soldados bolivianos deciden resistir; no van a ceder aquello que ya constituye su razón de vivir. Hacer ese pozo fue como arar en el mar, un acto suicida o idiota con el que sin embargo se reafirmaron en su autonomía vital; fue una forma de cancelar las determinaciones del azar siempre adverso, la debilidad propia, la

¹⁰⁷ La relación de *El pozo* con la problemática de los recursos naturales la tomo prestada de Leonardo García Pabón, *Patria íntima*, La Paz, Plural/CESU, 1998.

inanidad e iniquidad del mundo. Esto es el pozo y por eso hay que salvarlo...

Los soldados no combaten por un estandarte o una geopolítica, que al final poco importan, y por supuesto no por sus vidas, sabedores de que al final las vidas siempre se pierden. Luchan, y con qué denuedo, por una *quimera*.